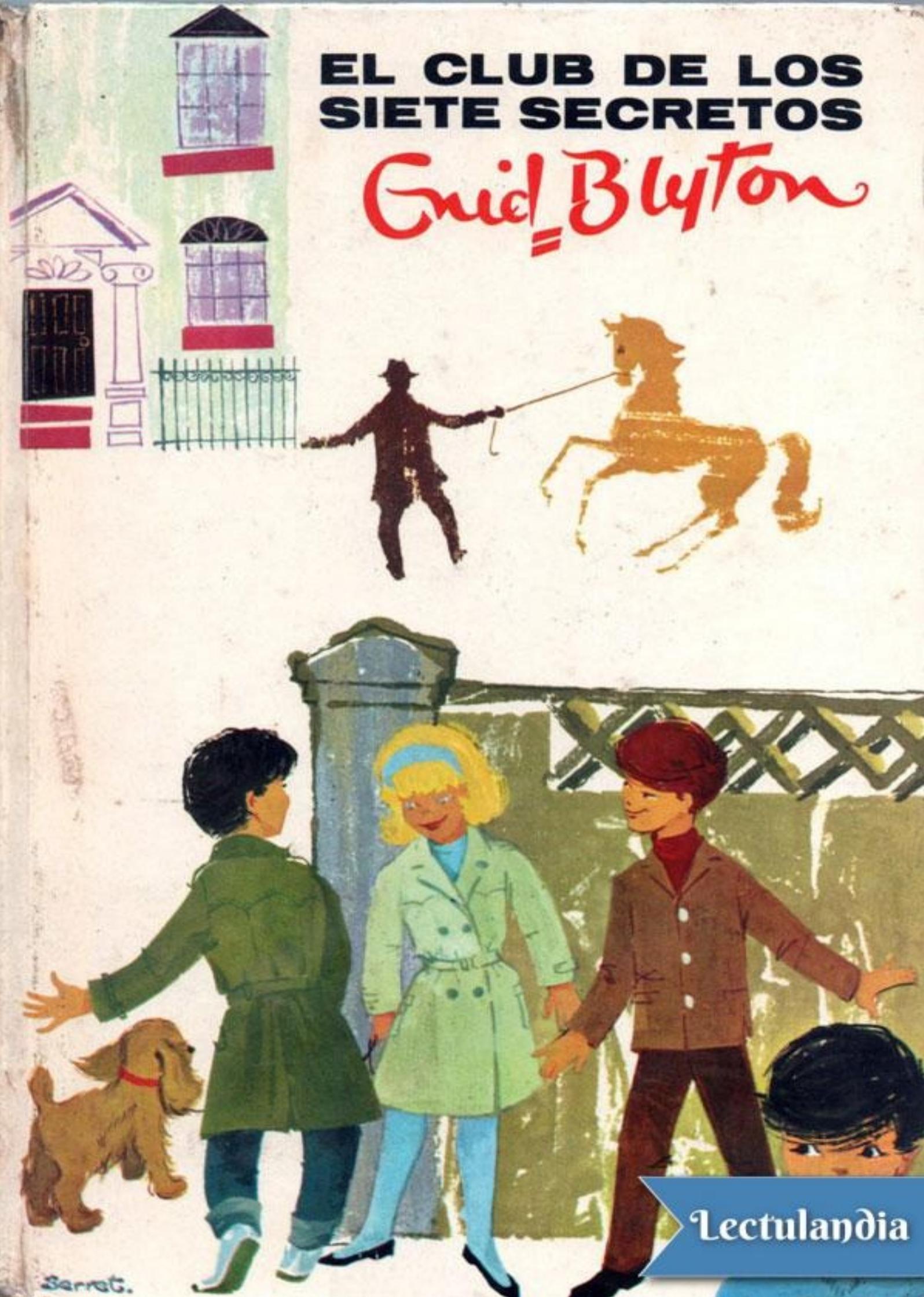


EL CLUB DE LOS SIETE SECRETOS

Enid Blyton



Lectulandia

Siete simpáticos niños y el perro *Scamper* forman el Club de los Siete Secretos. Su afición por ejercer de detectives privados les mueve a embarcarse en cientos de aventuras.

Peter, Janet, Colin, Jack, Jorge, Pamela, Bárbara y su inseparable mascota, *Scamper*; forman lo que ellos han llamado el Club de los Siete Secretos. En su nombre buscarán ayudar a las personas de la localidad. Inesperadamente, una fría noche de enero se encuentran con un misterio al cual juntos encontrarán la respuesta... ¡¡Y a los culpables!!

Lectulandia

Enid Blyton

El club de los siete secretos

Siete Secretos - 01

ePub r1.3

Gand 13.01.15

Título original: *Secret Seven*
Enid Blyton, 1949
Traducción: Federico Ulsamer
Ilustraciones: George Brook
Diseño de portada: Serret

Editor digital: Gand
Corrección de erratas: TaliZorah, Banshee y Crissmar
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

ENID BLYTON

EL CLUB DE LOS SIETE SECRETOS

Ilustrado por GEORGE BROOK



C. S. S. significa «CLUB SIETE SECRETOS».

Esta es la primera novela de Enid Blyton para la colección «SIETE SECRETOS».

Los títulos son:

El Club de los Siete Secretos

Una aventura de los Siete Secretos

¡Bien por los Siete Secretos!

Los Siete Secretos sobre la pista

¡Adelante, Siete Secretos!

¡Buen trabajo, Siete Secretos!

El triunfo de los Siete Secretos

Tres «hurras» para los Siete Secretos

Un misterio para los Siete Secretos

Un rompecabezas para los Siete Secretos

Los fuegos artificiales de los Siete Secretos

Los formidables chicos del Club de los Siete

Un susto para los Siete Secretos

¡Cuidado, Siete Secretos!

Los Siete Secretos se divierten

Todos estos libros tienen por protagonistas a los siete mismos personajes y a su perro, *Scamper*, pero cada volumen constituye una aventura completa e independiente. Yo confío que éste os guste tanto como los demás.

Enid Blyton
=

Preparativos para una reunión del C. S. S.

—Convendría que nos reuniéramos los siete miembros del club —dijo Peter a Janet—. Hace mucho tiempo que no nos reunimos.

—¡Eso, reunámonos! —exclamó Janet, cerrando de golpe su libro—. No es que nos hayamos olvidado de nuestro club, Peter; lo que pasa es que durante las vacaciones de Navidad se divierte uno tanto, que no hemos tenido tiempo para reuniones.

—Pues hay que celebrar una sesión —dijo Peter—. ¿De qué nos sirve tener un club secreto si no lo utilizamos? Hay que avisar a todos los socios.

—¡Uf! —gruñó Janet—. Tendremos que escribir cinco citaciones. Como tú escribes más de prisa, puedes hacer tres. Yo haré sólo dos.

—¡Guau! —intervino *Scamper*, el perro de pelaje leonado.

—Ya sé, ya sé que también a ti te gustaría hacer alguna —dijo Janet, acariciando la sedosa cabeza de *Scamper*—. Pero como no puedes escribir, lo que harás es llevar una de las cartas en la boca. Esa será tu misión.

—¿Qué podemos poner? —preguntó Peter, preparando el papel y mordiendo, pensativo, la punta del lápiz.

—Pues no sé. Hay que decirles que vengan aquí, creo yo. Para la reunión podríamos utilizar el cobertizo que hay en el fondo del jardín, ¿no te parece? Mamá nos deja jugar allí en invierno, porque está junto a la caldera que da calor al invernadero y es un sitio muy abrigado.

—Bien —dijo Peter, empezando a escribir—. Haré la primera citación y tú podrás empezar en seguida a copiarla. Vamos a ver: hemos de citar a Pamela, a Colin, a Jack, a Bárbara y a... ¡mira que no acordarme del otro!

—Jorge —dijo Janet—. Pamela, Colin, Jack, Bárbara, Jorge, tú y yo. Total, siete. Por eso lo llamamos el «Club de los Siete Secretos». Suena bien, ¿verdad?

La fundación del club había sido idea de Peter y Janet. Les pareció que sería divertido formar una pequeña sociedad de chicas y chicos que tuviesen su santo y seña y una insignia en forma de botón con las iniciales C. S. S.



—Ya está —dijo Peter, pasando a Janet el papel escrito—; puedes copiarlo.

—No es preciso que haga buena letra, ¿verdad? Tardaría un siglo si me pusiera a hacer caligrafía.

—Con tal que pueda leerse —repuso Peter— escríbelo como quieras. Al fin y al cabo, no tiene que pasar por correos.

Janet leyó el escrito de Peter:

IMPORTANTE

«El “Club de los Siete Secretos” se reunirá mañana a las diez en el cobertizo del fondo de nuestro jardín. Es obligatorio el santo y seña».

—¡Buena la he hecho! —exclamó Janet—. Ya no me acuerdo del último santo y seña. Como hace tanto tiempo que no nos hemos reunido, lo he olvidado.

—Da gracias a que me tienes a mí para recordártelo —dijo Peter—. Nuestro último santo y seña era «Nicolás». Lo elegimos para que nos recordara que faltaba poco para Navidad. ¡Parece mentira que lo hayas olvidado!

—¡Ah, sí! San Nicolás de Bari —exclamó Janet. Y en seguida lanzó otra exclamación—. ¡Ay, ya me he equivocado! No puedo hablar mientras escribo.

Sin decir palabra, siguieron escribiendo las citas. Janet sacaba la lengua mientras movía el lápiz, costumbre que le daba un aspecto muy gracioso. Decía que no podía escribir bien con la lengua en su sitio y que por eso la sacaba.

Peter acabó antes. Hizo lamer los sobres a *Scamper* y los cerró. El perro era de gran utilidad para este cometido, pues tenía la lengua siempre húmeda, siempre a punto.

—No hay quien te gane a lamedor —le dijo Peter—. Por eso debes de ser muy feliz cuando tienes que lamer algo. ¡Lástima que no tengamos que franquear las cartas! Así pegarías también los sellos.

—¿Quieres que llevemos ahora mismo los mensajes secretos? —preguntó Janet—. Mamá ha dicho que podemos salir. Con este sol tan espléndido, no pasaremos frío.

—¡Guau, guau! —ladró *Scamper*, echando a correr hacia la puerta al oír la palabra «salir».

Seguidamente, empezó a arañar la madera con impacientes zarpazos.

Pronto corrían los tres sobre la nieve y la escarcha ¡Qué delicioso era aquello!

Primero fueron a casa de Colin. El chico había salido y tuvieron que entregar la nota a su madre. Después fueron a dejar la citación a Jorge. Este estaba en casa y se entusiasmó ante la idea de una reunión en el cobertizo. La siguiente visita fue para Pamela. Tuvieron la suerte de encontrar con ella a Jack, por lo que dejaron dos citaciones en vez de una. Sólo faltaba Bárbara. Pero a ésta no la pudieron avisar, porque estaba fuera del pueblo.

—¡Qué mala pata! —exclamó Peter.

Sin embargo, al saber que regresaría aquella misma noche, el muchacho se tranquilizó y preguntó a la madre si Bárbara podría ir a la mañana siguiente a reunirse con ellos, a lo que la señora respondió que sí.

Durante el regreso, Janet exclamó:

—¡Ya están avisados los cinco! Ahora, *Scamper*, vamos a patinar un poco por el estanque. El hielo está muy duro.

Disfrutaron de lo lindo patinando. ¡Cómo se reían del pobre *Scamper* los dos hermanos! Sus patas resbalaban en todas direcciones cuando trataba de correr sobre el hielo. Acabó por patinar panza arriba. Los niños lo sacaron, al fin, del estanque. Los dos se desternillaban de risa. En cambio, *Scamper* estaba furioso, cosa que demostró volviéndose hacia la helada superficie y poniéndose a ladrar. No comprendía qué demonios había pasado allí: en verano podía beber, e incluso nadar, en el estanque; en cambio, ahora... Aquello era muy raro y no le gustaba ni pizca.

Por la tarde, los dos hermanos y el perro visitaron el cobertizo. ¡Ah, qué bien se estaba allí! El jardinero había encendido la estufa del invernadero, y el ambiente estaba caldeado. Peter paseó una mirada a su alrededor.

—Aquí estaremos estupendamente, ya verás. Emplearemos las cajas viejas como asientos y pondremos encima los cojines de los sillones del jardín. Además, le pediremos a mamá bizcochos y refrescos y celebraremos una verdadera reunión secreta.

En seguida pusieron manos a la obra. Limpiaron los cajones, desempolvieron los

cojines y extendieron en el suelo sacos viejos a modo de alfombras. Janet limpió un pequeño estante, a fin de colocar en él los refrescos y los bizcochos si conseguían convencer a su madre.

—Sólo hay cinco cajones —dijo Peter—. Por lo tanto, dos de nosotros nos sentaremos en el suelo.

—Nada de eso, Peter. ¿No te acuerdas de las dos macetotas que hay en el desván? Las bajaremos, las pondremos boca abajo y serán los dos asientos que faltan.

—¡Colosal! Con los cinco cajones y las dos macetas, los siete del club podremos sentarnos.

Cuando oyeron la campana que anunciaba el té, Peter exclamó:

—¡Todo listo! No nos ha sobrado tiempo, pero tampoco nos ha faltado. ¿Sabes lo que voy a hacer esta noche, Janet?

—¿Qué vas a hacer? —preguntó la niña, llena de curiosidad.

—Dibujar tres grandes letras, una ce y dos eses, pintarlas de verde, recortarlas, pegarlas sobre un cartón y clavar éste en la puerta del cobertizo.

—¡Has tenido una gran idea! C. S. S.: «Club Siete Secretos». ¡Magnífico!



Los siete del club secreto

A la mañana siguiente, cinco niños acudieron a la finca del «Viejo Molino», llamada así porque en la cumbre de un cerro cercano había un molino en estado ruinoso.

El primero que llegó fue Jorge. El muchacho atravesó el jardín y se detuvo ante el cobertizo. En seguida vio las letras C. S. S. en la puerta. Allí campeaban, perfectamente visibles, pintadas de un verde brillante. Jorge llamó a la puerta. Silencio. Volvió a llamar y el resultado fue el mismo. Sin embargo, sabía que Peter y Janet estaban allí, había visto la cara de su amiguita por la ventana.

En esto, recibió un resoplido por debajo de la puerta. Comprendió que era *Scamper*, y volvió a llamar, impaciente.

—¡Santo y seña! ¡Pronto! —exigió la voz de Peter.

—¡Qué conflicto! —murmuró Jorge—. No me acuerdo de la consigna —pero inmediatamente exclamó—: ¡Ah, sí! ¡«Nicolás»!

La puerta se abrió en el acto. Jorge, al entrar, lanzó un gruñido a modo de saludo. Paseó una mirada a su alrededor y exclamó, asombrado:

—¡Caramba! ¡Vaya antro! ¡Cosa estupenda! ¿Nos reuniremos siempre aquí?

—Sí —repuso Peter—; aquí estaremos muy requetebién. Además no pasaremos frío... Pero oye: ¿dónde está tu insignia, el botón con las letras C. S. S.?

—Pues... —balbuceó Jorge—, sin duda me la he dejado olvidada... No creo haberla perdido.

Janet le reprendió:

—Tú no eres un buen miembro del club: olvidas el santo y seña y no sabes dónde tienes la insignia.

—Lo siento —dijo Jorge—. Os confieso que me había olvidado de nuestro club y de todo lo que a él se refiere.

—Entonces no mereces pertenecer a nuestra sociedad —dijo Peter—. Aunque no nos hayamos reunido hace tiempo, yo creo que...

En esto, se oyó otra llamada. Eran Bárbara y Pamela. Los que estaban en el interior del cobertizo enmudecieron en espera del santo y seña.

—«Nicolás» —dijo Bárbara en voz baja, pero tan cavernosa que sus amigos se asustaron.

—«Nicolás» —murmuró Pamela con voz todavía más imponente.

Abrieron la puerta y entraron las dos chicas.

—Ya veo que las dos lleváis la insignia. Eso está muy bien —aprobó Peter en un tono de satisfacción—. Ahora sólo faltan Colin y Jack. ¿Por qué no habrán venido ya?

Jack estaba en la verja esperando a Colín. No se acordaba del santo y seña. ¿Cuál sería? Lo único que sabía era que se trataba de una palabra relacionada con las vacaciones de Navidad... ¿Nacimiento?... ¿Reyes?... Por su pensamiento pasó una

larga serie de palabras. No se atrevía a presentarse en el cobertizo sin saber la consigna. Peter era muy severo y Jack no quería recibir un rapapolvo delante de todos. Por eso se estrujaba el cerebro tratando de recordar la palabra. En esto vio aparecer a lo lejos a Colin y decidió esperarle, pues estaba seguro de que él sí que se acordaría.



—¡Hola! —saludó Colin al llegar—, ¿has visto a los demás?

—Sólo a Pamela y a Bárbara cuando han entrado; pero desde lejos. ¿Sabes el santo y seña?

—¡Claro que lo sé!

—Dímelo.

—«Nicolás». Creías que no lo sabía, ¿eh?

—Te equivocas. El que no lo sabía era yo. Pero no se lo digas a Peter... Vamos ya... ¡Mira estas letras! C. S. S., o sea, el «Club Siete Secretos».

Llamaron.

—¡«Nicolás»! —dijo Colin a voz en grito.

La puerta se abrió rápidamente y apareció la cara indignada de Peter.

—¿Estás loco? ¿Es que quieres que todo el pueblo se entere de nuestra consigna?

—Perdona, Peter —dijo Colin entrando—. Pero te advierto que nadie puede haberme oído, porque no se ve alma viviente por estos alrededores.

—«Nicolás» —dijo Jack, al ver que Peter no le dejaba entrar si no soltaba el santo

y seña.

La puerta se cerró y los Siete se sentaron en corro. Peter y Janet ocupaban las macetas; los demás, los cajones.

—Es un sitio superior para reunimos —dijo Jack—; además de estar bastante apartado de la casa, es agradable y abrigado.

—Sí —convino Bárbara—. Además, Peter y Janet lo han adornado que da gusto verlo. Hasta han puesto visillos en la ventana.

Peter recorrió con la mirada a todos los reunidos.

—Bien. Primero celebraremos la sesión. Después tomaremos un piscochabis.

Todos miraron a la pequeña despensa de Janet. En ella se veían, perfectamente alineadas, siete tazas, una fuente de bizcochos y una botella llena de líquido negro. ¿Qué bebida sería aquélla?

—Ante todo —siguió diciendo Peter—, tenemos que buscar una nueva consigna. «Nicolás» ya no pega después de Navidad. Además, Colin la ha publicado a los cuatro vientos y ya la conoce todo el mundo.

Colin protestó:

—No seas exagerado.

Peter le fulminó con una mirada.

—¡Haz el favor de no interrumpir! Soy el jefe del club y he dicho que se ha de buscar un nuevo santo y seña... Otra cosa: veo que dos de vosotros no lleváis la insignia. Me refiero a Jorge y a Colin.



—Ya te he dicho que no me he acordado de cogerla —se excusó Jorge—. Pero la tengo en casa: no me cabe duda.

—Pues yo creo que la he perdido —confesó Colin—. La he buscado por todas partes y ha sido inútil. Mi madre me ha dicho que me hará otra esta noche.

—Bien —dijo Peter—. Ahora vamos a buscar el nuevo santo y seña.

—«Pirulí pirula» —bromeó Pamela.

—¡Un poco de formalidad! —exclamó Peter—. Nuestra sociedad es una cosa seria y no estamos para tonterías.

—Anoche se me ocurrió un santo y seña —dijo Jack—. «Semana». ¿Qué os parece?

—¿Por qué motivo has elegido esa palabra? —preguntó Peter.

—Muy sencillo: la semana tiene siete días y nosotros somos siete.

—¡Es verdad! A mí me parece muy bien —aprobó el jefe—. Que levanten la mano los que estén conformes.

Todos levantaron la mano al mismo tiempo. Verdaderamente, Jack había tenido una buena idea: no había consigna más lógica para una sociedad formada por siete miembros. Jack rebosaba satisfacción.

—De la consigna de hoy no me acordaba —confesó—. He tenido que preguntársela a Colin. Por eso estoy tan satisfecho de haber inventado la nueva.

—Bien —dijo Peter en tono de mando—. Que nadie olvide la nueva consigna. Es un detalle que puede tener gran importancia. Y ahora, amigos, creo que ha llegado la hora del pisolabis.

—¡«Delipendo»! —exclamó Bárbara.

Todos se echaron a reír.

Janet preguntó:

—¿Qué quiere decir esa palabra: delicioso o estupendo?

—Las dos cosas —repuso Bárbara. Y preguntó seguidamente—: Oye, Janet: ¿qué es ese líquido tan extraño que hay dentro de la botella?

Janet agitaba el frasco vivamente. Era un líquido oscuro en el que flotaban unas bolitas negras.



—Mamá —respondió Janet— no tenía ningún refresco, y nosotros no queríamos leche, pues la tomamos en el desayuno y estamos hartos de ella. Entonces nos acordamos de que teníamos una lata de confitura de grosella negra, y con este dulce hemos fabricado la bebida que estáis viendo.

—Hemos mezclado la confitura con agua hirviendo y le hemos añadido azúcar —explicó Peter—. Ha resultado una bebida riquísima, algo... ¡«estucioso»!

Bárbara se echó a reír.

—¡Ahí tenéis otra combinación de estupendo y delicioso! «Estucioso»... «delipendo»... Con estas dos palabras pueden describirse todas las cosas buenas.

La bebida de grosella negra era realmente exquisita y se combinaba muy bien con los bizcochos.

—Esto sirve también para los constipados —dijo Pamela, limpiándose la barbilla, por donde resbalaba la grosella—. Por lo tanto, ya no nos constiparemos.

—¡Lástima que no podamos repetir! —exclamó Janet—. Pero ni había más confitura en la lata ni teníamos ninguna otra cosa para preparar bebida.

—Ahora tenemos que hablar de otro asunto —dijo Peter, mientras daba las sobras de la merienda a *Scamper*—. No vale la pena formar una sociedad si ésta no tiene ninguna misión que cumplir.

—Eso es verdad —dijo Janet—. ¿Os acordáis de lo que hicimos el verano pasado? Recogimos dinero para enviar al pobre Luke, el lisiado, a la playa.

—Ni más ni menos —aprobo Peter. Y preguntó—: Bueno, ¿tiene alguien alguna idea?

Pero a nadie se le ocurría nada.

—Después de las Navidades —dijo Pamela—, no hay que pensar en ayudar a nadie. Todos, incluso los más pobres y más viejos del pueblo, reciben regalos durante las fiestas.

—¿No podríamos resolver algún problema o algo así? —preguntó Jorge—. Ya que no tenemos ocasión de socorrer a nadie, podríamos dedicarnos a aclarar algún misterio.

—¿A qué clase de misterios te refieres? —preguntó Bárbara, interesadísima.

—¡Qué sé yo! —respondió Jorge—. Lo que quiero decir es que podríamos dedicarnos a descubrir algo que esté oculto y que convenga que sepa la gente.

—Verdaderamente —dijo Colin—, sería un trabajo emocionante. Pero no creo que tengamos la suerte de encontrar una cosa así. Además, si nos enteramos de alguno de esos misterios, puedes estar seguro de que la policía se habrá enterado ya antes.

—Yo creo —manifestó Peter—, que lo mejor es estar alerta y esperar. Si alguno de nosotros sabe de alguna buena obra que podamos hacer o de algún misterio que se debe aclarar, solicitará inmediatamente una reunión de nuestra sociedad secreta. ¿Entendido?

Todos asintieron.

—Y en el caso de que tuviésemos algo que comunicar, yo creo que lo mejor sería que viniéramos a dejar aquí mismo una nota —opinó Jorge.

—Eso es —aprobó Peter—. Janet y yo vendremos todas las mañanas a echar un vistazo, por si encontramos algún aviso. Confío en que todos sabréis cumplir con vuestro deber.

—No te quepa duda —afirmó Colin—. No es muy divertido pertenecer a un club secreto sin poder actuar. Yo tendré los ojos muy abiertos. Nunca se sabe cuándo puede ocurrir algo. De donde menos se piensa, salta la liebre.

Jorge se levantó.

—Ahora —dijo—, os propongo que vayamos a construir muñecos de nieve en los alrededores del viejo caserón. Allí la nieve es espesa. Será muy divertido. Podremos formar un ejército de muñecos. Ya veréis lo que nos reiremos cuando los veamos todos en hilera.

—Es una idea magnífica —dijo Janet, que ya no podía estar quieta un minuto más—. Me llevaré este gorro para ponérselo a un muñeco en la cabeza. Ya hace años que está aquí este pingajo inútil.

—Y yo me llevaré este abrigo —dijo Peter, descolgando de un clavo un gabán de los tiempos de Maricastaña—. Sabe Dios a quién pertenecería en sus buenos tiempos.

Seguidamente, salieron todos juntos del cobertizo y se dirigieron a la orilla del arroyo para construir un ejército de muñecos de nieve.

El viejo cascarrabias

A la mañana siguiente, cinco niños acudieron a la finca del «Viejo Molino», llamada así porque en la cumbre de un cerro cercano había un molino en estado ruinoso.

Pero no formaron el proyectado ejército, ya que sólo tuvieron tiempo para construir cuatro muñecos. La nieve era en aquel lugar gruesa y blanda, lo que permitía a los chicos formar fácilmente la bola que aumentaba a cada vuelta y que utilizaban como cuerpo del muñeco. *Scamper* se divertía de lo lindo ayudando a unos y otros.

Janet colocó el gorro sobre el primer muñeco que terminaron, y Peter lo acabó de vestir, poniéndole el abrigo sobre los hombros. Con piedras menudas imitaron los ojos y la nariz, y un trocito de madera sirvió para que el muñeco tuviese su boca. Después le pusieron un palo en el brazo. Resultó el mejor muñeco del grupo.

—Yo tengo que marcharme —dijo Colín—. Por desgracia, en mi casa se come a las doce y media.

—Lo mejor será que nos vayamos todos —opinó Pamela—. Tenemos que lavarnos, quitarnos estas ropas y poner a secar los guantes. Por lo menos los míos, están chorreando y tengo las manos heladas.

—Lo mismo me pasa a mí —dijo Bárbara—. Ya verás cómo nos pican cuando empiecen a entrar en calor... ¡Ay! Ya empiezan a picarme —exclamó mientras se daba palmadas en los brazos.

Abandonando los muñecos, emprendieron el camino de vuelta. Al pasar junto a la verja del viejo caserón, vieron que en un extremo había una ventana con visillos. Por lo tanto, allí habitaba alguien.

—¿Quién vive aquí? —preguntó Pamela.

Janet explicó:

—El único habitante de la casa es un guarda, un viejo que está sordo como una tapia y tiene un humor de perros.

Pegados a la verja, contemplaron la vieja mansión.

—¡Qué casa tan grande! —observó Colin—. ¿No os parece raro que sólo tenga un habitante? ¿Quién será el dueño?

—El camino de entrada —observó Janet—, está cubierto de nieve. El guarda no se ha preocupado de quitarla. Eso prueba que debe de utilizar una puerta de la parte de atrás... ¡*Scamper*, ven aquí!

Scamper se había deslizado por debajo de la verja y corría hacia la casa, ladrando y dejando sus huellas en la nieve.

Los visillos de la ventana se movieron y tras los cristales apareció una cara de pocos amigos. Seguidamente, la ventana se abrió.



—¡Fuera de aquí ese animalucho! ¡Sacad en seguida a vuestro perro! ¡No quiero perros ni chiquillos en esta casa! ¡Bribones! ¡Granujas! ¡Marchaos!

Scamper le plantó cara y empezó a ladrar con todas sus fuerzas. El viejo desapareció de la ventana y reapareció poco después por una puerta lateral armado de un grueso garrote.

Con la tranca en alto, vociferó amenazadoramente.

—¡Voy a moler a palos a vuestro perro!

—¡*Scamper*, *Scamper*, ven aquí! —gritó Peter.

Pero *Scamper* no obedecía: estaba ciego de rabia. El guarda avanzaba hacia el perro manteniendo en alto el garrote. Temeroso de que el viejo cumpliera su amenaza, Peter empujó la verja y corrió hacia *Scamper*.

—¡Ya me lo llevo, ya me lo llevo! —gritaba mientras corría.

—¿Qué dices? —gruñó el guarda bajando el palo—. ¿Por qué has hecho entrar a tu perro?

—¡Yo no le he dicho que entrara! ¡Ha sido cosa suya! —respondió Peter, echando mano al collar de *Scamper*.

—¡Habla más fuerte, que no te oigo! —gritó el viejo, como si el sordo fuera Peter y no él.

Peter vociferó con todas sus fuerzas:

—¡Yo no he dicho al perro que entrara!!

—Está bien, está bien —refunfuñó el guarda—. No hace falta que des esas voces. ¡Hala, marchaos y no volváis por aquí! Os aseguro que si esto se repite, os denunciaré a la policía como ladrones.

Y desapareció por la puerta lateral.

Peter salió por la verja, llevándose a *Scamper*.

—¡Qué mal genio tiene ese vejstorio! Si llega a darle un solo trancazo a *Scamper*, lo desloma.

Janet cerró la verja, mientras se lamentaba:

—Tan liso y tan blanco como estaba el camino, y vosotros lo habéis estropeado con vuestras pisadas.

En esto, el reloj de la iglesia dio la campanada de las doce y cuarto. Janet exclamó:

—¡Hemos de marcharnos a toda prisa!

Todos echaron a correr, camino de sus casas. Peter gritó mientras corría.

—¡Ya os avisaremos cuando tengamos que volver a reunimos! ¡No os olvidéis del santo y seña ni de la insignia!

Jack fue el primero en llegar a su casa, por ser el que vivía más cerca. Se fue como una tromba al cuarto de baño, donde se lavó las manos y se peinó. Al salir, pensó que debía guardar su insignia; pero al llevarse la mano a la solapa, se dio cuenta de que no la tenía. Frunció el ceño y volvió al cuarto de baño, diciéndose que debía de habersele caído. Al no encontrarla allí ni en ninguna parte de la casa, dedujo que la había perdido en el campo, mientras construían los muñecos de nieve.



—¡Maldita sea! Mamá está fuera y no puede hacerme otra. Y miss Elly seguro que no me la querrá hacer.

Miss Elly era la institutriz de su hermanita Sussy. Quería mucho a la niña, pero de Jack decía que era un brutote insoportable. Esto no era verdad; mas, fuera por lo que fuere, lo cierto es que Jack y miss Elly no habían hecho nunca buenas migas.

—Le preguntaré si me la quiere hacer —decidió Jack—. Al fin y al cabo, no me he portado mal estos últimos días.

Miss Elly parecía dispuesta a hacerle la insignia; pero a la hora de comer ocurrió algo inesperado, que lo echó todo a rodar.

Ya estaban sentados los tres a la mesa, cuando Sussy dijo a su hermano en son de burla:

—Ya sé dónde has estado esta mañana. ¡Ay, qué risa! Te has reunido con tus antipáticos amigos del club secreto. Tú crees que yo no sé nada y ya ves que lo sé todo. ¡Ay, qué risa!

Jack la miró indignado.

—¿Te quieres callar? No se debe hablar de los secretos de otro en público. ¡Cierra esa boca chismosa y entrometida!

—¡Un poco más de moderación en el lenguaje, Jack! —le reprochó miss Elly.

—¿Y cuál es el nuevo santo y seña? —siguió pinchándole Sussy—. Sé cuál era el anterior, porque lo leí en tu agenda, donde lo apuntaste para que no se te olvidara. Era...

Jack lanzó un puntapié por debajo de la mesa. Iba dirigido a la espinilla de Sussy, pero desgraciadamente, las piernas de miss Elly estaban en medio y uno de sus tobillos recibió de lleno el punterazo de la bota de Jack.

La institutriz lanzó un grito de dolor.

—¡Ay! —Luego se encaró con Jack—. ¡Qué atrevimiento! ¡Fuera de aquí ahora mismo! Te quedarás sin comer y no te dirigiré la palabra en todo el día.

—Perdóneme, miss Elly —murmuró Jack, rojo de vergüenza—. Le doy mi palabra de que el golpe no iba contra usted.

—Lo que importa es el puntapié y no la persona que lo ha recibido. El hecho de que te hayas equivocado de víctima, no disculpa tu falta. Por lo tanto, haz el favor de marcharte.

Jack salió del comedor. No cerró la puerta de golpe, pero no por falta de ganas. Ya no estaba enojado con Sussy: la mirada que su hermana le dirigió cuando él iba hacia la puerta estaba llena de compasión. Ella quería hacerle rabiar un poco, pero no dejarle sin comer.

Jack tropezó con todos los escalones al subir las escaleras. Estaba furioso. La expulsión había ocurrido precisamente cuando se iban a repartir las tortas rellenas de mermelada que tanto le gustaban. Miss Elly era el mismo demonio. Ahora ya podía estar seguro de que no le haría la insignia. Y si se presentaba sin ella en la siguiente reunión, lo más probable era que se le expulsara del club. Peter había advertido que

despediría de la sociedad a todo el que se presentara sin la insignia.

—Me parece que se me cayó algo cuando estaba modelando el último muñeco de nieve. Esta tarde iré a echar un vistazo. Es conveniente buscarla antes de que vuelva a nevar, pues en ese caso quedaría sepultada.

Pero mis Elly lo sorprendió en el momento que salía.

—¡Vuelve en seguida, Jack! Después de tu incalificable conducta de este mediodía, no puedes salir de casa. Hoy no hay juego.

—Es que he perdido una cosa, miss Elly, y tengo que buscarla —dijo Jack en tono suplicante y tratando de escabullirse.

—¡He dicho que a casa! —gritó miss Elly.

Y el pobre Jack hubo de volver atrás.

El chico iba cabizbajo, pero diciéndose con resolución:

«Saldré esta noche y buscaré con mi linterna, Miss Elly no me impedirá cumplir con mi deber».

Lo que le ocurrió a Jack aquella noche...

Jack cumplió la palabra que se había dado a sí mismo. Se fue a su cuarto a la hora de costumbre, después de dar las buenas noches a miss Elly con toda amabilidad; pero, en vez de quitarse la ropa, se puso el abrigo y el gorro. Entonces se quedó vacilando: no sabía si bajar en seguida, para atravesar el jardín y salir por la verja, o esperar. Al fin, decidió: «Esperaré. A lo mejor, miss Elly se acuesta pronto, como hace otras muchas veces. No quiero exponerme a que me pille. Le faltaría el tiempo para contárselo a mi madre cuando vuelva».

Cogió un libro y se sentó a leer. Miss Elly esperó a que la radio diera las noticias de las nueve. Luego echó un vistazo a algunas habitaciones de la casa y se fue escaleras arriba. Jack la oyó cerrar la puerta de su dormitorio.

—Ahora ya puedo marcharme —se dijo.

Tuvo la precaución de echarse al bolsillo la linterna pues la luna no había salido todavía y la noche estaba muy oscura.

Bajó las escaleras de puntillas y llegó a la puerta que daba al jardín. Aunque la abrió sigilosamente, no pudo evitar un leve chirrido. Afortunadamente, la cosa no pasó de ahí.

Salió al jardín. Sus pies se hundieron en la blanda nieve. Tomó el camino de las afueras y llegó al campo, alumbrándose con la linterna.

La nieve resplandecía; todo brillaba tenuemente a su alrededor. Pronto llegó al terreno cercado donde estaban los muñecos de nieve. Saltó la valla.

Las blancas y silenciosas figuras formaban una compacta hilera. Parecían estar al acecho. A Jack no le llegaba la camisa al cuerpo. Hasta le pareció que uno de los muñecos se movía. Ni siquiera se atrevía a respirar. Sin embargo, no ocurría nada extraordinario: todo era imaginación suya.

—No seas miedoso —se reprochó a sí mismo severamente—. Bien sabes que sólo son muñecos de nieve. Ten valor y busca tu insignia.

Proyectó el haz de luz de su linterna sobre los muñecos, y entonces parecieron aún más fantasmales: El que tenía ojos, nariz y boca y llevaba gorro y abrigo, parecía mirarle gravemente mientras él iba de un lado a otro. Por eso le volvió la espalda.

—Aunque tus ojos sean de piedra —dijo a la impasible y blanca figura—, pareces mirarme con ellos. Y ahora no quiero empujones por la espalda, ¿eh?

De pronto, lanzó una exclamación. Allí estaba la insignia. Destacándose sobre la nieve, vio el botón que ostentaba la iniciales C. S. S.

—¡Hurra! —gritó alegremente.

Recogió la insignia. Estaba fría y húmeda. La secó cuidadosamente con su abrigo. Había sido una suerte encontrarla tan pronto. Ya podía volver a casa y acostarse. Sentía frío y sueño. La luz de la linterna empezó a vacilar y, al fin, se apagó.

—¡Qué mala pata! —exclamó—. Se ha terminado la pila. Bien podía haber durado hasta casa. Menos mal que conozco el camino.

De pronto, oyó ruido a sus espaldas y vio la luz que proyectaban los faros de un coche. Este se acercaba silenciosamente. Jack se quedó perplejo. Aquel camino no conducía a ninguna parte. ¿Se habría despistado el conductor? De ser así, él tenía el deber de avisarle e indicarle el buen camino. Cuando la tierra se cubre de nieve, no son pocos los automovilistas que se desorientan.

Se dirigió a la cerca. El coche avanzaba despacio y Jack vio que llevaba algo a remolque, algo de un tamaño más que regular. ¿Qué sería? Aguzó la vista y advirtió que no era lo bastante grande para ser un remolque normal. Tampoco podía ser una de esas viviendas ambulantes que transportan los autos, porque no tenía ventanas. O quizá las tuviera y él no las veía... ¿Qué diablos sería aquel extraño armatoste? Y ¿adonde lo llevarían?

El conductor debía de haberse equivocado. El muchacho empezó a trepar por la valla, pero, de pronto, se quedó inmóvil. Los faros se apagaron, y el coche y la cosa que arrastraba se detuvieron.

Jack divisaba vagamente las formas negras e inmóviles del auto y su apéndice. ¿Qué sucedería?

Alguien hablaba en voz baja. Jack distinguió las figuras de dos hombres que bajaron del vehículo, sin que sus pisadas produjeran ruido alguno, a causa de la blandura de la nieve. Hubiera dado cualquier cosa porque hubiese salido ya la luna. Así habría podido verlo todo, escondido en un seto que había cerca.

Oyó que uno de los hombres preguntaba en voz alta:

—¿Vive alguien por aquí?

—Sólo el viejo sordo —respondió el otro hombre.

—Echa una mirada hacia el campo, ¿quieres?

Jack bajó de la valla al ver que se encendía una potente linterna. Luego se deslizó hasta quedar agazapado tras el seto y se cubrió de nieve. Se oían los pasos que hacían crujir la nieve helada junto a la cerca. El cono de luz penetró en el terreno cercado, y el hombre profirió un grito.

—¿Quién hay ahí? ¡Eh, tú! ¿Quién eres?

El corazón de Jack empezó a latir descompasadamente. Y ya iba a levantarse para presentarse al desconocido y decirle quién era, cuando unas sonoras carcajadas lo contuvieron. El que se reía era el hombre de la linterna.

—¡Mira, Nibs, mira! Una hilera de figuras de nieve. Creí que eran hombres de verdad que nos estaban espionando, y resulta que son muñecos.

La risa de Nibs se unió a la de su compañero.

—Cosas de chicos. Verdaderamente, esos muñecos parecen seres vivientes bajo esta media luz. Por aquí no hay nadie levantado a estas horas de la noche. ¡Anda, Mac; ven aquí y despachemos el asunto!, ¿quieres?

Mac volvió al lado de su amigo y los dos se acercaron al coche. Jack se levantó, temblando. ¿Qué asunto sería el que tenían que despachar aquellos hombres en la oscuridad de la noche, sobre la nieve y frente al viejo caserón deshabitado?

Su deber era intentar ver lo que pasaba, pero no tenía el menor deseo de hacerlo: lo único que deseaba era volver a su casa, y lo más deprisa posible. Volvió a trepar por la cerca para saltarla. En esto oyó pasos presurosos en el lugar donde estaban los hombres. Miró hacia ellos y le pareció que estaban desprendiendo del auto el extraño remolque. Luego oyó un estampido que le estremeció de pies a cabeza. Jack acabó de saltar la cerca y echó a correr como un loco por el camino. Todavía oyó algo así como un gemido ronco y angustioso, después un grito extraño y agudo y, a continuación, el fragor de una lucha espantosa con manos, pies y dientes. Todo ello aceleró la huida de Jack, que no podía comprender lo que significaban aquellos ruidos. Sólo pensaba en llegar a casa sano y salvo. Sin embargo, tenía la seguridad de que algo malo le estaba ocurriendo a alguien en aquel camino cubierto de nieve. Se necesitaba mucho valor para intervenir en aquel misterioso acontecimiento, y Jack reconocía que no era un héroe.



Llegó a su casa jadeando, cruzó la puerta que daba al jardín y la cerró con llave. Subió la escalera sin importarle los crujidos de los escalones. Cuando encendió la luz de su habitación, se sintió más tranquilo: en el acto había desaparecido su miedo.

Se miró al espejo. Vio que estaba pálido y que tenía el abrigo lleno de lamparones de nieve. También vio que la insignia estaba prendida en su solapa. ¡Menos mal que la había encontrado!

—Salí en busca de este botón, y he tenido la suerte de hallarlo —se dijo, y, tras reflexionar un momento, añadió—: Tendré que contar a los demás todo lo que he visto. Mañana mismo pediré una reunión. Este misterio es muy a propósito para nuestra sociedad. Me huelo que es un caso que conviene aclarar.

Pero no pudo esperar al día siguiente. Juzgó que debía volver a salir, dirigirse al

cobertizo y dejar una nota pidiendo una reunión urgente.

Mientras escribía la nota, iba diciéndose:

«Es importante, muy importante. Ya tiene trabajo nuestro club».

Nuevamente bajó las escaleras con sigilo. Atravesó el jardín. Ya no sentía ni sombra de miedo. Avanzó por el camino que conducía a la casa de Peter. La encontró oscura y sumida en silencio. Todos estaban durmiendo: tenían la costumbre de acostarse temprano para madrugar.

Jack llegó al viejo cobertizo. Empujo la puerta y vio que estaba cerrada. Sus manos tocaron las grandes letras C. S. S. Se agachó e introdujo la nota por debajo de la puerta. Allí la encontraría Peter a la mañana siguiente. Luego regresó a su casa, y esta vez sí que se acostó. Pero no pudo dormir.



¿Quién habría hecho aquellos extraños ruidos? ¿Qué sería aquella especie de remolque? ¿Quiénes podían ser aquellos hombres? Todo aparecía enigmático, envuelto en el misterio, capaz de desvelar incluso a la persona de ánimo mejor templado.

Un plan emocionante

A la mañana siguiente, Janet se dirigió, por pura rutina, al cobertizo. Peter se quedó en la casa, cepillando a *Scamper*. Todas las mañanas lo hacía. Así tenía el perro un pelo tan sedoso y brillante. Al ver que Janet se dirigía al cobertizo, Peter le ordenó:

—Abre la ventana un momento para que se ventile. Hoy no lo tenemos que utilizar. No hay motivo para que nos reunamos ni creo que lo haya más tarde.

Corriendo y saltando, Janet llegó al cobertizo. Sacó la llave del lugar secreto donde la guardaban —un hueco entre dos ladrillos—, la introdujo en la cerradura y la puerta se abrió.

En el interior había olor a humedad. Dejó la puerta abierta y se dirigió a la ventana para abrirla también. Al volver a la puerta, vio la nota de Jack en el suelo. Creyendo que se trataba de un trozo de papel inútil, lo cogió y empezó a estrujarlo. Pero pronto se dio cuenta de que estaba plegado y había algo escrito en la parte exterior.

Las letras eran tan grandes, que pudo leer sin esfuerzo alguno:

«**URGENTE. MUY IMPORTANTE.**
LO DIGO EN SERIO».

Se quedó boquiabierta. Se apresuró a alisar el papel y salió volando para llevárselo a Peter.

—¡Peter, Peter! —empezó a gritar apenas entró en la casa—. ¿Dónde estás? ¡Hay novedades!

Su madre se asustó.

—¿Qué pasa, Janet? ¿Qué ha ocurrido?

—Nada, mamá —repuso Janet, dándose cuenta a tiempo de que se trataba de una cosa secreta, y sin dejar de correr.

—Entonces, ¿por qué llamas con esas voces a tu hermano? ¡Qué susto me has dado, hija!

Janet llegó al piso en un vuelo. Allí encontró a Peter, que seguía cepillando a *Scamper*.

—¡Peter! ¿Estás sordo? ¡Hay novedades! ¡Ha sucedido algo importantísimo!

—Bueno, ¿qué es lo que ha ocurrido? —preguntó Peter, visiblemente interesado.

—Lee este mensaje. Lo he encontrado en el suelo del cobertizo. —Janet le entregó la nota y añadió—: Mira lo que dice en la parte de fuera. «**URGENTE. MUY IMPORTANTE. LO DIGO EN SERIO**». ¡Ábrelo! ¡A ver qué dice dentro! ¡Me muero de impaciencia!

Peter desplegó el papel y leyó en voz alta:

*«Peter: convoca inmediatamente reunión “Club Siete Secretos”. Punto.
Misterio muy importante. Punto.
Sucedió anoche entre nueve y diez. Punto.
Esperadme a las diez. Punto. Iré. Punto.
Jack».*



—¿Qué será? —preguntó Peter, pensativo—. Dice que sucedió anoche y que es un misterio muy importante. ¿No será una exageración suya?

—No, estoy segura de que no —respondió Janet, tan excitada que no cesaba de saltar, sosteniéndose ya sobre un pie, ya sobre el otro—. Jack no exagera. Estoy segurísima de que es una cosa muy importante. ¿Voy a avisar a los demás para que vengan a las diez? ¡Oh Peter! ¡Esto es emocionante! Seguro que tenemos un gran misterio a la vista.

—Cuando se haya aclarado la cosa, veremos si verdaderamente es un misterio —dijo Peter con acento sentencioso, aunque no dejaba de sentir cierto cosquilleo de curiosidad—. Yo avisaré a Colin y Jorge; tú encárgate de Bárbara y Pamela.

Janet y Peter salieron como dos rayos, cada uno en una dirección.

Era verdaderamente emocionante tener que reunirse tan pronto y por un motivo tan especial. Serían las nueve y media cuando los dos hermanos regresaron. Todos habían prometido acudir; todos estaban ansiosos de que Jack les contara lo sucedido.

—No olvidéis vuestras insignias —había recordado Janet a las dos muchachas—. Sin ellas no podríais asistir a una reunión tan importante como ésta. Además, tendréis que decir sin vacilar el santo y seña.

Todos llegaron antes de la hora. La curiosidad los devoraba. Ninguno había olvidado la consigna.

—«Semana».

Y la puerta se abrió para dar paso al primer socio que había acudido, y en seguida se volvió a cerrar.

—«Semana»... «Semana»... «Semana»...

Y la puerta volvió a abrirse y a cerrarse.

Miembro tras miembro, entraron todos, luciendo su insignia y después de haber dado sin vacilación alguna el santo y seña.

Incluso Colin y Jorge llevaban la insignia. Jorge la había encontrado y a Colin le había hecho otra su madre.

Jack era el único que faltaba. Su tardanza aumentaba la tensión de ánimo de sus amigos. Al fin apareció.

—«Semana» —se le oyó decir al otro lado de la puerta. Y ésta se abrió.

Todos le miraron con ansiedad.

—Recibimos tu nota y en seguida fuimos a avisar a todos los miembros del club —dijo Peter—. ¿Qué sucede, Jack? ¿Es en verdad un asunto tan importante?

—Vosotros mismos juzgaréis. Escuchad.

Y se sentó en el cajón que le habían reservado. Luego añadió:

—Sucedió anoche...

Seguidamente refirió su aventura nocturna. Explicó que había perdido la insignia, que pensó que podía habersele caído en la nieve cuando construían los muñecos, que salió de su casa con la linterna, y, en fin, todo lo que había visto y oído en el campo.

—Aquella mezcla de ronquido y gemido fue algo tan espantoso, que los cabellos se me pusieron de punta. ¿Qué buscarían aquellos hombres en plena noche y en un camino que no conduce a ninguna parte, ya que queda cerrado por la avenida de acebos? Y, sobre todo, ¿qué sería aquello que arrastraba el auto a modo de remolque?

—¿No sería una gran jaula o algo parecido? —preguntó Bárbara a media voz—. Si era como un gran cajón, podrían llevar dentro un prisionero.

—Por lo que pude ver —dijo Jack—, no tenía nada de jaula. Tampoco era una vivienda ambulante, porque no había ventanas en sus costados. Parecía más bien una vagoneta, pero no cargada de mercancías, sino de algo vivo, capaz de resoplar, gritar y luchar.

—¿Crees que era un hombre? —preguntó Pamela, con los ojos muy abiertos.

—Podía ser un hombre, pero yo no lo creo —respondió Jack—. Un hombre no resopla como resoplaba aquello, a menos que estuviera amordazado.

Esta nueva interpretación de los resoplidos no era ciertamente muy tranquilizadora. Nadie abrió la boca durante unos momentos.

—El caso es —dijo Jack, al fin—, que aquí hay trabajo para los Siete, y que sin duda nos hallamos ante un verdadero misterio.

—¿Por dónde podríamos empezar? —preguntó Jorge.

Todos quedaron pensativos.

—Tal vez descubramos algo examinando las huellas que habrán dejado en la nieve —dijo Peter—. Y es posible que esas huellas nos conduzcan al viejo caserón.

—Podríamos preguntar al guarda si oyó algo —opinó Colín.

—Eso no me parece prudente —dijo Pamela—. Lo que es a mí, no me gustaría tener que hacer preguntas a ese viejo cascarrabias.

—Si tú no quieres hacerlo —manifestó Jorge—, otro de nosotros lo hará. Preguntando a ese hombre, podríamos averiguar cosas importantes.

—También convendría enterarse de quién es el propietario del caserón —dijo Colín.

—Desde luego —convino Peter. Y añadió, cambiando de tono—: Bueno, vamos a organizar el trabajo de investigación. Pamela y Jorge se encargarán de averiguar quién es el dueño del caserón.

—Pero ¿cómo lo haremos? —preguntó Pamela.

—Eso habéis de discurrirlo vosotros —respondió Peter—. Yo no puedo estar en todo. Tú, Janet, y tú, Bárbara, recorreréis el camino para examinar el rastro del coche y cuantas huellas os parezcan sospechosas.

—Perfectamente —dijo Janet, que sólo de pensar que no tenía que enfrentarse con el guarda se sentía feliz.

—Y Jack, Colin y yo nos dirigiremos al caserón por el camino antiguo y sonsacaremos cuanto nos sea posible al viejo guarda.

Peter se sentía persona importante por haber trazado el plan de investigación.

—Falta saber qué papel tendrá *Scamper* —dijo uno de los Siete. A lo que Peter repuso:

—*Scamper* vendrá con nosotros, y si el guarda se pone agresivo, le demostrará que él también tiene genio, como hizo ayer.

—Me parece muy bien —aprobó Jack, al que tranquilizaba saber que iba a contar con la protección del fiel *Scamper*—. Ha sido una excelente idea que nos acompañe el perro... Bueno, ¿empezamos ya?

—Sí —dijo Peter—. Pero esta tarde, todos aquí para dar el parte. —Se quedó mirando a Jack y añadió—: Has descubierto un misterio emocionante. Ahora el «Club Siete Secretos» habrá de procurar aclararlo lo antes posible.



Las primeras pistas

Los Siete se pusieron en movimiento. Todos se sentían personas importantes. *Scamper*, el compañero de Peter, Colin y Jack, llevaba la cola orgullosamente erguida. También él tenía su misión en el plan general; por lo tanto, se comprendía que arrugara desdeñosamente el hocico al cruzarse con otros perros.

Pamela y Jorge se quedaron solos en las cercanías del cobertizo. Se miraban con semblante sombrío y preocupado.

—¿Cómo nos las compondremos para averiguar quién es el dueño de la casa? —preguntó Pamela.

—¿Y si fuéramos a la oficina de Correos? —exclamó Jorge con el gesto del que ha tenido una idea luminosa—. Como hay un guardián en la casa, es indudable que su amo le escribirá.

—¡Bien pensado!

Y se dirigieron inmediatamente a la estafeta.

Tuvieron la suerte de que estuviera allí el cartero.

—Perdone. ¿Podría usted decirnos quién vive ahora en la vieja casa que hay junto al arroyo? ¿Sabe a cuál me refiero? A ese caserón que está deshabitado.

—Si está deshabitado —repuso el cartero—, no puede vivir nadie en él. Oíd, muchachos: ni puedo perder el tiempo ni me gustan las bromas.

—No bromeamos —se apresuró a decir Pamela—. Lo que mi amigo quiere decir es a quién pertenece la casa. Sabemos que hay un guarda en ella y queremos averiguar quién es el dueño.

—¿Para qué? ¿Es que queréis comprarla?

Y el cartero se echó a reír para celebrar su propio chiste.

Los chicos se rieron también para congraciarse con él.

—¿Cómo voy a saber yo a quién pertenece esa finca? —dijo el cartero, halagado por las risas de los niños, y mientras vaciaba el buzón—. Solo voy a esa casa para entregar al viejo Dan una carta que recibe todos los meses, y que sin duda es su sueldo. Os aconsejo que vayáis a preguntar al recaudador de contribuciones. Se dedica también a comprar y vender fincas y debe de conocer a los propietarios de todas. Estoy seguro de que os informará de lo que queréis saber, al ver lo mucho que os interesa.

—¡Gracias, muchísimas gracias! —exclamaron los dos niños a la vez, sin poder disimular su alegría.

Se apresuraron a dirigirse al despacho del recaudador.

—No sé cómo no se nos ha ocurrido a nosotros esa idea —dijo Pamela—. Pero oye: ¿qué contestaremos al recaudador cuando nos pregunte para qué queremos saber quién es el dueño del caserón? Bien sabes que sólo se va a ver a esos agentes cuando uno quiere comprar o vender una finca.

Llegaron a las oficinas del recaudador y se asomaron a la puerta. Vieron a un

muchacho de unos quince años sentado ante una mesa. Estaba escribiendo sobres. No parecía antipático ni mucho menos. Tal vez supiera algo de lo que les interesaba y no tuviera inconveniente en decirlo.

Entraron resueltamente.

El muchacho levantó la cabeza.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—Nos han enviado aquí para que nos enteremos de quién es el dueño de la vieja finca que está junto al arroyo —dijo Jorge, para que el chico creyera que cumplían el encargo de una persona mayor. Al fin y al cabo, no mentía, porque Peter tenía cosas de hombre hecho y derecho.



—No creo que esa casa esté en venta —contestó el oficinista revolviendo papeles—. ¿Es que vuestros padres desean comprarla o alquilarla? Pues os repito que no creo que esté en venta.

Jorge y Pamela callaban: no sabían qué decir. El muchacho de la oficina empezó a hojear un gran libro.

—¡Ah! ¡Ya lo tengo! —exclamó de pronto—. Desde luego, no está en venta. Esta finca la compró un señor llamado J. Holikoff, que no la habita, sin que yo pueda deciros por qué.

—A lo mejor vive en otra casa del pueblo —insinuó Pamela.

—No; reside en Covelty, calle de Heycom, número 64 —dijo el muchacho, leyendo en el libro—. Pero no os puedo asegurar que aún viva allí. ¿Necesitáis verlo o escribirle? Por el listín de teléfonos podemos ver si tiene todavía la misma dirección.

—No, no; muchas gracias —se apresuró a decir Jorge—. Si la casa no está en venta, no necesitamos saber nada más. Repito que muchas gracias. Adiós.

Salieron de la oficina con las mejillas coloradas, pero muy satisfechos.

—¡Mister Holikoff! —exclamó Pamela—. Es un nombre raro, ¿verdad? ¿Recuerdas su dirección?

—Sí —repuso Jorge, sacando su agenda. Y fue diciendo mientras tomaba nota—: Mister J. Holikoff; calle de Heycom, 64; Covelty. —Luego exclamó—. ¡Bien! Nosotros hemos cumplido nuestra misión. Ahora me gustaría saber cómo les va a los demás.

Les iba bastante bien. Janet y Bárbara estaban muy ocupadas examinando las huellas a lo largo del camino que conducía al arroyo. Las dos se sentían detectives.



—Mira —dijo Janet—; el coche y su extraño remolque entraron en el camino, formando un ángulo que indica que venían de Templeton. Está bien claro que por aquí cruzaron la cuneta. O sea que no venían del pueblo.

—Es verdad —asintió Bárbara, observando los surcos—. Por cierto que las ruedas del remolque dejaron huellas más estrechas que las ruedas del auto. Y fíjate en este detalle, Janet: el dibujo de los neumáticos del remolque ha quedado perfectamente grabado en la nieve; en cambio, el de las ruedas del coche está muy borroso.

—¿No crees que debemos copiar este dibujo? —preguntó Janet—. A mí me parece que sería un dato importante. Además, hay que medir el ancho de la huella.

—No sé para qué puede servir eso —repuso Bárbara, que estaba deseando volver, pues quería saber cuanto antes si Peter y sus dos compañeros habían descubierto algo.

—Pues yo no me voy de aquí sin dibujar las huellas —dijo Janet tercamente—. Quiero llevar algo a los chicos.

Y en seguida empezó a dibujar en su cuaderno de notas. El dibujo resultó muy gracioso. Era una mezcla de líneas rectas y curvas combinadas con una serie de figuras geométricas en forma de V. El cuadro no resultó tan perfecto como la autora

deseaba. Al no tener a mano una cinta métrica, Janet hubo de recurrir a colocar una hoja de su cuaderno atravesada sobre la huella y marcar en el papel la anchura con un lápiz. Janet quedó satisfecha, pero no del todo.

Bárbara se echó a reír al ver el dibujo.

—¡Qué gracioso! Parece un laberinto.

Janet se enfadó y cerró el cuaderno.



—Sigamos las huellas —dijo—. Hemos de ver adonde conducen. El trabajo será fácil porque por aquí pasan pocos coches.

En efecto, fue cosa fácil. Las huellas bajaban por el camino y terminaban exactamente ante la entrada de la finca. Aquí había tal embrollo de huellas de todas clases, que resultaba casi imposible distinguir unas de otras. Se veían señales de pisadas, hoyos, huellas de golpes e indicios de que la nieve había sido como barrida. No era fácil deducir de estas señales lo que allí había pasado. Lo más lógico era suponer que los ocupantes del coche habían bajado de él y habían sostenido con alguien una especie de lucha.

—¡Mira! Las huellas de los neumáticos salen de este enredo y siguen bajando por el camino —dijo Janet.

Bárbara miró por encima de la cerca y se preguntó si sus tres compañeros estarían en aquel momento en el caserón con el viejo cascarrabias.

—¿Entramos a ver si están los chicos? —preguntó.

—No; todavía no hemos terminado nuestro trabajo —respondió Janet—. Hay que seguir las huellas hasta el final. Ven; vamos a ver si llegan hasta el arroyo. Fíjate: se

ven claramente dos rastros diferentes en el camino. Lo lógico es suponer que los coches bajaron y después subieron. Tenemos que ver dónde dieron la vuelta.

La cosa no fue difícil. El rastro de bajada atravesaba un portillo —que alguien debió de abrir—, entraba en la zona del arroyo, describía una amplia circunferencia y volvía a salir por el portillo. Todo estaba claramente descrito por las impresiones de unos neumáticos.

—Bien —dijo Janet, orgullosa de su sagacidad—. He aquí lo ocurrido la pasada noche. El auto, arrastrando su extraño remolque, llegó por la carretera de Templeton, se desvió para alcanzar este camino, se detuvo frente a la casa y entonces bajaron los hombres que dejaron el extraño laberinto de huellas. Luego el coche siguió hacia el arroyo, alguien abrió el portillo, pasó el auto con su remolque, dio la vuelta, salió de nuevo, continuó la marcha cuesta arriba y desapareció en la noche. ¿Qué era lo que llevaba el remolque? Sólo Dios lo sabe.

—¿Qué raro es todo esto! —exclamó Bárbara—. ¿Qué demonios haría esa gente en plena noche?

—Verdaderamente —asintió Janet—, todo es muy extraño. Ahora volvamos al caserón para esperar a los chicos.

—¿Crees que aún estarán allí? Es ya muy tarde, casi la una.

Se acercaron a la verja y acecharon entre los hierros. Pero, ¡horror!, en seguida apareció el viejo cascarrabias. Estaba furioso. Amenazándoles con su garrote, empezó a vociferar:

—¿Todavía más chiquillos? ¡Esperad y sabréis lo que es bueno! ¡Quiero que vuestras costillas conozcan este garrote! ¡Chismosas, entrometidas! ¡Como os pille, ya veréis!

Como es natural, Bárbara y Janet no le esperaron, sino que se fueron inmediatamente y tan de prisa como les permitía la blandura de la nieve.

La entrevista con el guarda

El trabajo de los tres muchachos y *Scamper* fue sencillamente emocionante. Habían recorrido el camino sin dejar de observar las huellas marcadas en la nieve. Cuando llegaron al caserón vieron que la verja estaba cerrada, pero desde ella pudieron distinguir diversos rastros en el nevado suelo del jardín.

—Mirad —dijo Peter—, son mis huellas, las que dejé ayer por la mañana. Esas otras son las de *Scamper*. Y fijaos, hay más huellas: unas, de unos pies de gran tamaño, y otras, muy raras, como de alguien que llevaba algo en los pies, tal vez raquetas de nieve.

—¿Quién habrá usado unas raquetas de nieve tan raras? —preguntó Jack, extrañado—. ¡Mirad! Vuelven a verse allí. Y más allá. Se ven por todas partes, cualquiera diría que el que las llevaba estuvo bailando hasta hartarse. Tal vez fue que se lo llevaban a rastras hacia la casa, y él pateaba tratando de libertarse.

Los muchachos se entusiasmaron ante sus propias deducciones. Se habían encaramado hasta asomar medio cuerpo sobre la verja, porque así podían ver el jardín mejor.

—¿Podéis ver si las huellas llegan hasta la puerta principal? —preguntó Colin—. Yo desde aquí no lo distingo. En algunas partes se ve la nieve como si la hubieran barrido.

—Yo tampoco puedo ver desde tan lejos lo que hay cerca de la casa —dijo Peter—. ¿Por qué no entramos? Al fin y al cabo, nuestra intención era hablar con el guarda para preguntarle si oyó algo anoche. De modo que vamos a entrar.

—Pero ¿qué contestaremos al viejo —dijo Colin— si nos pregunta para qué queremos saber si oyó algo? Podría tener algo que ver con el misterioso asunto, y entonces se escamaría si sospechase que nosotros sabemos algo.

—Es verdad —admitió Peter—. Por eso hemos de proceder con picardía. Tracémonos un plan de ataque.

Los tres se pusieron a cavilar.

—Lo único que se me ocurre —dijo Peter—, es prepararle una trampa. Preguntémosle inocentemente si no tiene miedo a los ladrones. El caso es hacerle hablar.

—Conforme —dijo Colin—. Si he de serte franco, no me convence el plan; pero no podemos perder más tiempo.

Scamper fue el primero en entrar y pronto desapareció en un recodo del camino. Los chicos le siguieron. Observaban el rastro atentamente. Así pudieron advertir que las huellas de lo que parecían raquetas de nieve iban de un lado a otro como si el que las llevaba hubiera ido saltando locamente.



—No van hacia la puerta principal —dijo Colín—, cosa que ya suponía, sino que dan la vuelta a la casa. Después de pasar ante la puerta lateral por la que vimos aparecer ayer al guarda, terminan en la parte posterior, ante la puerta de la cocina.

—Esto es rarísimo —dijo Peter—. ¿Para qué darían la vuelta hasta la puerta de la cocina, teniendo más cerca la entrada principal y esa otra por la que sale y entra el guarda? Mirad: todas las huellas terminan aquí, ante la cocina; se ven las señales de dos pares de zapatos distintos y esas extrañas marcas redondas y profundas.

Trataron de abrir la puerta de la cocina, pero fue inútil: estaba cerrada con llave. Miraron por la ventana y no vieron a nadie. Lo que vieron fue unos cuantos utensilios de cocina, muy pocos, un fogón de gas, una escurridera con tres o cuatro platos y una escoba apoyada en la fregadera.

—El guarda debe de utilizar esta cocina —dijo Jack—, aunque, como vimos, hace la vida en una de las habitaciones laterales.

—¡Cuidado, que viene! —gritó Peter.

El viejo apareció en la cocina y, al ver a los tres muchachos atisbando tras los cristales de la ventana, corrió a abrirla.

—¡Si buscáis a vuestro perro, lo encontraréis al otro lado de la casa! ¡Ya podéis ir por él y salir de aquí! ¡No quiero ver niños en esta casa! ¡Sólo servís para romper cristales!

—¡No, no! —exclamó Jack a voz en grito para que el viejo sordo pudiera oírle—. ¡Palabra que no haremos nada malo! ¡Nos marcharemos tan pronto como atrapemos al perro! ¡Y créanos que sentimos mucho que se haya colado!

—¿No se siente usted muy solo? —le preguntó Colin, también a grandes voces—. ¿No tiene miedo a los ladrones?

—No, no tengo miedo a nadie —gruñó el viejo—. No me separo nunca del garrote. Además, aquí no hay nada que robar.

Peter aprovechó la ocasión para tirar de la lengua al guarda y averiguar si sabía algo de lo sucedido.

—Sin embargo —dijo—, alguien debió de llegar anoche hasta la puerta trasera. Y señaló las huellas marcadas en la nieve.

El viejo sacó la cabeza por la ventana e inspeccionó el blanco suelo.

—¡Aquí no hay más huellas que las que habéis dejado vosotros al meteros en casa ajena! —refunfuñó.

—Esas huellas que usted ve no son nuestras, sino de los malhechores que

entraron anoche aquí —replicó Peter, mientras tres pares de ojos infantiles se fijaban en el rostro del guarda, con la esperanza de descubrir un indicio de turbación.

—Queréis asustarme, pero no lo conseguiréis. ¡Y sabed que no me hacen ninguna gracia vuestras bromas!

—¡Palabra que no queremos asustarle! —dijo Peter—. ¿De veras no oyó usted nada anoche? Entonces, si entraran ladrones, no los oiría.

—Desde luego, soy sordo —reconoció el viejo—, pero, ahora que sacáis esto a relucir, recuerdo que anoche me pareció oír un ruido extraño.

Los tres muchachos apenas respiraban, a fin de no perder detalle.

Tenían los nervios en tensión.

—¿Qué es lo que oyó? —preguntó Jack con voz ahogada por la emoción.

El viejo no se dio cuenta de la tensión de los niños. Estaba preocupado. Tenía el ceño fruncido, lo que multiplicaba las arrugas de su cara.

—Me pareció oír algo así como un grito de angustia —dijo lentamente en voz baja—. Lo achaqué a que me silbaban los oídos, cosa que me ocurre con frecuencia, y no hice caso. Además, vi que no me faltaba nada y me dije que no tenía por qué preocuparme.

—Pero ese grito ¿lo lanzaron dentro de la casa?

—Seguramente. De lo contrario, yo no lo habría oído, ya que estoy sordo como una tapia... Pero me parece que sólo queréis meterme el miedo en el cuerpo. ¿No os da vergüenza burlaros de un pobre viejo?

—¿Nos deja entrar a echar un vistazo? —preguntó Colin en tono suplicante.

Los tres miraron al guarda ansiosamente. Ojalá dijera que sí. Pero se negó.

—¿Qué os habéis creído? Ya estoy harto de vuestros chismes. ¡A buena hora os dejo meter las narices en esta casa! Los niños mal educados sólo sirven para dar disgustos.

En este momento llegó *Scamper* a todo correr. Al ver al guarda en la ventana saltó hacia él. Sólo quería jugar, pero el viejo creyó que lo atacaba y enarboló el garrote. *Scamper* esquivó el golpe y empezó a ladrarle.

—¡Le he de dar una lección a ese perro! —gritó el guarda, fuera de sí—. ¡Y a vosotros también, mocosos! ¡Os estáis burlando de mí! Ni siquiera os habéis preocupado de sujetar al perro. ¡Yo os enseñaré a respetarme!

Acto seguido, desapareció de la ventana.

—¡Va a salir por la puerta lateral! —exclamó Peter—. ¡Huyamos! Nos hemos enterado de cosas muy importantes. ¡A correr se ha dicho!

Reunión importante

Aquella misma tarde hubo reunión. Estaban todos tan emocionados, que sentían los latidos de sus corazones. Todos tenían algo que contar. Los Siete llegaron puntualmente al cobertizo, dieron el santo y seña sin titubear. —«Semana», «semana», «semana»—, fueron entrando y se sentaron formando un círculo. Todos tenían cierto aire de gravedad y arrogancia. *Scamper* se echó entre Peter y Janet. Sus largas y colgantes orejas, semejantes a las pelucas de los magistrados ingleses, le daban un aspecto de personaje severo e importante.

—Primero Pamela y Jorge —dijo Peter—. Vuestro «parte oficial».

Los aludidos explicaron cómo habían conseguido descubrir que el caserón había sido adquirido hacía ya tiempo por mister J. Holikoff, que nunca lo había habitado.

—¿Habéis averiguado dónde vive? —preguntó Peter—. Es un dato muy importante.

—Sí —contestó Jorge, mostrando su agenda y leyendo en voz alta la dirección.

—¡Estupendo! —exclamó Peter—. Si sospechamos que sabe lo que ocurre en su casa, procuraremos ponernos en contacto con él.

Se veía que Pamela y Jorge estaban orgullosos de sus servicios.

Luego fueron Janet y Bárbara las que expusieron el resultado de sus indagaciones. Dijeron que por las huellas habían descubierto que el auto procedía de Templeton, que el rastro penetraba en el camino del caserón y terminaba frente a la puerta, lo cual estaba de acuerdo con lo visto por Jack la noche anterior. Luego explicaron que las huellas del coche se dirigían a las proximidades del arroyo; donde describían una circunferencia, y que el rastro era doble, lo que indicaba que el auto había regresado por el mismo camino.

—¡Buen trabajo! —alabó Peter.

Janet, roja de satisfacción, sacó su cuaderno de notas.

—También tengo qué enseñaros esto —dijo, mostrando la página donde había reproducido el dibujo de los neumáticos—. No sé si servirá para algo. Es la huella del remolque. También tengo la medida exacta del ancho de la rueda. Quizá nos ayude a aclarar las cosas.



Todos examinaron atentamente el dibujo. No estaba muy claro, pero a Peter le pareció bien.

—Aunque tal vez no lo hayamos de utilizar, ha sido buena idea registrar el rastro. Suponed que fuera preciso demostrar que el coche ha pasado ante la casa. Cuando la nieve se haya fundido, no quedará más prueba que ésta.

—¡Claro! —exclamó Colín, entusiasmado—. ¡Has tenido una gran idea, Janet! Janet se sonrojó nuevamente de satisfacción y se guardó el cuaderno.

—Ahora —dijo a su hermano, aunque éste le había contado algo ya— os toca informar a vosotros.

Peter hizo el relato de su gesta en compañía de Colin y Jack. Los demás le escucharon sin pestañear siquiera.

—En resumen —terminó—, que alguien debió de visitar anoche la casa del arroyo. Entraron por la puerta de la cocina, puesto que las huellas humanas terminaban allí. Y apostaría cualquier cosa a que dejaron en la casa un prisionero.

Pamela le miró boquiabierta.

—¿Un prisionero? ¿Por qué lo crees?

—Por lógica. ¿Qué otra cosa podían llevar en aquel remolque sin ventanas? Sí, allí dentro había un prisionero que nadie debía ver ni oír, una persona que llevaron a rastras hasta la cocina, donde la introdujeron a viva fuerza, y que ahora está encerrada en alguna habitación de la casa; una persona a la que maltrataron, puesto que lanzó gritos lo bastante fuertes para que los oyera el guarda sordo.

Todos miraban a Peter con visible nerviosismo.

—No me gusta el asunto —dijo Colin.

A ninguno de los Siete le gustaba. No era nada agradable pensar que en aquellos

momentos un pobre prisionero estaba oculto en algún rincón de la casona vacía y solitaria.

—¿De qué se alimentará? —preguntó Colin.

—A lo mejor, está pasando sed —dijo Janet—. ¿Por qué le habrán encerrado?

—Tal vez se trate de un secuestro —opinó Jack—. Desde luego, estamos ante un caso muy serio. No son figuraciones nuestras.

Hubo un largo silencio.



—¿Y si lo contáramos todo a nuestros padres? —preguntó Pamela.

—O a la policía —sugirió Jack.

—Yo creo —opinó Peter— que no debemos decir nada a nadie hasta que hayamos averiguado algo más. Podría tratarse de una cosa sin importancia, como, por ejemplo, que un coche se hubiera despistado.

—También yo he pensado algo así —dijo Jack—. El extraño remolque podía ser una ambulancia improvisada que llevase algún enfermo al hospital. El coche pudo tomar un camino por otro y detenerse al advertir la equivocación. Entre tanto, el enfermo lanzaba gritos de dolor.

—Pero el guarda dijo que le pareció oír los gritos dentro de la casa —observó Peter—. Bien es verdad que admitió que podía ser imaginación suya, porque lo mismo le había ocurrido otras veces. Desde luego, bien pudo suceder lo que tú has dicho, Jack: que un coche arrastrara una especie de ambulancia, pero jamás he visto nada semejante.

—De todas formas —opinó Colin—, lo mejor es que no digamos nada hasta que podamos demostrar que aquí ocurre algo raro. Sería una vergüenza que metiéramos la pata ante la policía.

—Bien —convino Peter—; mantengamos la cosa en secreto. Pero eso no quiere decir que hayamos de cruzarnos de brazos: no debemos abandonar nuestro misterio.

—¡Claro que no! —dijo Jorge—. Pero ¿qué podríamos hacer?

—Reflexionemos —ordenó Peter.

Y todos empezaron a cavilar, con el deseo de hallar el plan de trabajo más conveniente.

—¡Tengo una idea! —dijo Jack, de pronto—. Pero es algo atrevida. No podrían intervenir las mujeres.

—¿De qué se trata? —preguntaron las tres niñas a la vez.

—Veréis. No cabe duda de que si en la casa hay un prisionero, los que lo han

llevado allí tendrán que darle de comer y beber. Y el que se encargue de ello, irá al caserón de noche para que no le vean. Por lo tanto, conviene vigilar la casa durante la noche. Este trabajo no lo pueden hacer las chicas; lo haremos nosotros por riguroso turno. No bastará con que vigilemos, sino que tendremos que seguir al portador de la comida para ver adonde la lleva.

—Me parece una buena idea —aprobó Peter—. Vigilaremos por parejas. Os confieso que no me gustaría hacer solo estas guardias nocturnas.

—Es seguro —dijo Jorge— que alguien irá esta noche al caserón. ¿Por qué no vamos los cuatro y lo esperamos escondidos?

—No es fácil esconderse cuatro personas juntas —replicó Colin.

—Lo será —dijo Peter— si hacemos una cosa que se me ha ocurrido, y es que nos camuflamos entre los muñecos de nieve. Si nos envolvemos en sábanas, se nos confundirá con ellos.

Peter hablaba en broma, pero, para sorpresa suya, sus compañeros tomaron en serio sus palabras y las acogieron con gran entusiasmo.

—¡Es una idea magnífica, Peter! —exclamó Colin—. Si nos envolvemos en telas blancas, nadie podrá distinguarnos de los muñecos. Desde donde están, se divisa todo el camino y, si alguien llega, podremos oír sus pasos.

—Dos de nosotros —dijo Jack— podríamos seguir a los sospechosos hasta el interior de la casa; los otros dos tendrían que quedarse fuera, en su papel de muñecos de nieve, para dar la voz de alarma en el caso de que los de dentro corrieran peligro. A mí me gustaría quedarme de guardia fuera. Desde luego, tendremos que abrigarnos bien para poder resistir el frío estando parados.

—¿No podríamos ayudaros nosotras de algún modo? —preguntó Pamela.

—No, vosotras no podéis hacer nada. Esta noche nos movilizaremos sólo los chicos —contestó Peter.

—¡Vamos a pasarlo cañón! —exclamó Jack con un brillo de entusiasmo en los ojos—. ¿Qué haremos con *Scamper*? ¿Lo llevaremos con nosotros?

—Yo creo que lo debemos llevar —dijo Peter—. Si se lo mando, se estará quietecito.

—Le haré una camisa blanca —anunció Janet—. Así, tampoco se le distinguirá: parecerá una bola de nieve.

Todos demostraban un creciente entusiasmo.

—¿A qué hora iremos? —preguntó Colin.

—Anoche —repuso Jack— los desconocidos llegaron a eso de las nueve y media. Hemos de procurar estar allí a esa hora. Nos reuniremos aquí a las nueve. ¿No os parece que la cosa es emocionante? ¡Estupendo!

Salida nocturna

Janet se pasó toda la tarde cosiendo una funda blanca para *Scamper*. Peter encontró una gran sábana vieja y un impermeable blanco desechado. Calculó que, cortando la sábana en tres trozos, podría abastecer de sudarios a sus compañeros. Janet le ayudó a cortarla y a hacer los boquetes para la cabeza y los brazos. Se moría de risa cuando Peter se probó una de aquellas túnicas para ver cómo le sentaba.

—¡Qué gracioso estás! —exclamó sin dejar de reír—. Pero ¿cómo te las compondrás para que no se vea tu pelo negro? Ten en cuenta que esta noche habrá luna...

—Tendrás que hacemos unos gorros blancos o algo así. Además, nos blanquearemos las caras.

—Haré los gorros con unos trozos de tela blanca que hay en el cobertizo —dijo Janet, todavía riéndose—. Ya veréis qué graciosos vais a estar. ¿Puedo ir a las nueve al cobertizo para veros?

—Si, pero con la condición de que salgas de la casa sin que nadie se dé cuenta. Creo que los papás saldrán esta noche. Si es así, no habría dificultades; pero si no salieran, lo mejor sería que no vinieses, pues cualquier imprudencia podría desbaratar nuestros planes.

Pero los padres de Janet y Peter salieron. Por lo tanto, nada impidió que la niña se dirigiera sigilosamente al cobertizo. Peter le advirtió que se enfriaría y que podría dormirse durante la espera, en cuyo caso no la despertaría.

—¿Dormirme yo? —exclamó Janet, indignada—. Bien sabes que no soy de las que se duermen cuando debo estar despierta. Lo que has de procurar es no dormirte tú.

—No digas tonterías —replicó, más indignado aún, Peter—. ¡Como si fuera posible que el cerebro de una organización tan importante como la nuestra, y precisamente cuando tenemos entre manos un asunto tan emocionante, se durmiese! Ten en cuenta, Janet, que el «Club Secreto de los Siete» ha emprendido una gran aventura.

A las ocho y media los cuatro niños apagaron las luces de sus habitaciones y ya no las volvieron a encender. Pero encendieron sus linternas. Entre tanto, se veía que Janet deseaba vestir a *Scamper* de blanco. Al perro no le gustó la cosa lo más mínimo y la emprendió a mordiscos con la extraña vestimenta.

Janet perdió la paciencia.

—Te advierto que no irás con ellos como no parezcas un perro de nieve.

No podemos afirmar que *Scamper* entendiera a la niña, pero lo cierto es que desde este momento se dejó vestir pacientemente. Así llegó a tener un aspecto entre estatuario y fantasmagórico.

—Vamos ya; son casi las nueve —susurró la voz de Peter al otro lado de la puerta.

Segundos después, los dos hermanos bajaban la escalera en compañía de *Scamper*. Iban muy abrigados. Además, cuando estuvieron al aire libre, notaron que la temperatura había mejorado.

—La nieve se funde. Esta noche no hiela —murmuró Janet.

—¡Qué mala pata! —exclamó Peter—. ¡Mira que si se han derretido los muñecos!

—No, no se han derretido. Mira, desde aquí se ve uno en pie.

La consigna fue pronunciada varias veces ante la puerta del cobertizo y pronto estuvieron reunidos cinco de los siete miembros del club. Peter encendió una vela, y todos se miraron con los nervios en tensión. Acto seguido empezaron a ponerse las blancas túnicas.

—Ahora sólo falta que nos embadurnemos las caras de blanco y nos pongamos los gorros —dijo Peter.

Jack se echó a reír.

—¡Mirad! El perro también va de blanco. ¡Pareces un bicho raro, *Scamper*!

El pobre animal lanzó un ladrido lastimero. Él era el primero en creer que parecía un bicho raro.

Muy agitados, conteniendo la risa y burlándose unos de otros, iban blanqueándose las caras mientras Janet les ponía los blancos gorros que ella misma había confeccionado.



—¡Qué horror! No me gustaría encontrarme con vosotros a medianoche. Parecís fantasmas.

—Adiós, Janet —dijo Peter—. Tenemos que marcharnos. Vete a la cama y duerme tranquila. Ya te lo contaré todo mañana. No pienso despertarte cuando vuelva.

—Pero yo te esperaré despierta —dijo la niña, frunciendo el ceño.

Los vio alejarse a la luz de la luna, sobre la nieve que empezaba a fundirse. Parecían cuatro fantasmas en formación o cuatro muñecos de nieve dotados de

movilidad.

Salieron por la puerta del jardín y se dirigieron al camino que conducía al viejo caserón. Procuraban no cruzarse con nadie, y al principio lo consiguieron, pero de pronto, al doblar una esquina, se encontraron con un niño. Tanto éste como los del grupo se detuvieron. El chiquillo se quedó mirándolos con ojos desencajados.

Lanzó unas exclamaciones incongruentes, y Peter respondió con un rugido. El niño se estremeció y salió corriendo y gritando:

—¡Socorro! ¡Cuatro muñecos de nieve vivos! ¡Socooooorro!



Los cuatro del club tuvieron que hacer grandes esfuerzos para ahogar las carcajadas.

—Eres tremendo, Peter —dijo Jack—. No sé cómo he podido contener la risa cuando has lanzado ese espantoso rugido.

—No nos detengamos —dijo Peter—. Ese chiquillo avisará a otras personas y pronto habrá aquí un grupo de curiosos. Vámonos, y de prisa.

Pronto llegaron ante el caserón. Allí estaba el viejo edificio, silencioso y sombrío, con su tejado que brillaba bajo el resplandor de la luna.

—Todavía no ha llegado nadie —dijo Peter—. No hay luz en ninguna ventana y no se oye el menor ruido.

—Entonces tenemos tiempo para distribuirnos estratégicamente entre los muñecos de nieve —dijo Jack—. Pero oye, Peter, haz el favor de decir a *Scamper* que no se meta entre mis pies. Va a conseguir que me arme un enredo con la sábana.

Saltaron la cerca y fueron hacia los muñecos de nieve. Estos seguían en pie; pero

se iban derritiendo y eran más pequeños que por la mañana. *Scamper* empezó a olfatearlos. Peter lo llamó.

—¡Ven aquí! ¡Has de estarte quieto como estamos todos! Y ten esto muy en cuenta: ni un gruñido, ni un resoplido; ¡ni siquiera un bostezo!

Scamper le miró como diciendo que lo había comprendido, y desde este momento estuvo al lado de Peter tan inmóvil como una estatua. Quien los viera, creería que eran verdaderos muñecos de nieve. Estuvieron un buen rato esperando. No llegaba nadie. Al cabo de media hora empezaron a sentir frío.

—La nieve se funde en torno a mis pies —se lamentó Jack—. ¿Cuánto tiempo crees que habremos de esperar aún?

Los demás estaban también cansados y empezaban a arrepentirse de su decisión de pasar toda la noche haciendo de estatuas. Sólo llevaban allí media hora, y ya les parecía aquello insoportable.

—¿No podríamos dar un paseíto o saltar un poco? —preguntó Colin—. Sólo para entrar en calor.

Ya iba Peter a contestar, cuando se contuvo y prestó atención. Había oído algo. ¿Qué sería?

Colin iba a decir algo más, pero Peter se lo impidió.

—¡Calla!

Colin enmudeció. Todos aguzaron el oído. Percibieron una especie de grito lejano.

—Es el extraño ruido de que os hablé —dijo Jack—. Lo recuerdo perfectamente. La única diferencia es que ahora lo oigo desde más lejos y más apagado. Sale de la casa. Por lo tanto, alguien hay en ella.

Todos se estremecieron. Volvieron a escuchar, y otra vez el indefinible sonido, amortiguado por la distancia, llegó hasta ellos a través de la noche.

—Esto es muy sospechoso —dijo Peter—. Me acercaré a la casa a ver si oigo mejor ese ruido. Creo que es la clave del misterio.

—Vayamos todos —dijo Colin.

Pero Peter se negó enérgicamente.

—No; sólo iremos dos, y los otros dos se quedarán aquí de guardia. Así lo convinimos y así se hará. Iremos tú y yo, Jack. Y vosotros, Jorge y Colin, os quedaréis aquí para vigilar.

Peter y Jack, con su extraño y fantasmal aspecto y sus rostros pálidos, volvieron a saltar la valla y se dirigieron a la verja del caserón. La abrieron, entraron y la volvieron a cerrar, todo con el mayor sigilo. El silencio era absoluto. Echaron a andar hacia la casa. Iban sin decir palabra y procurando esquivar la luz de la luna, por si el viejo guarda estaba acechando desde la ventana. Llegaron a la puerta principal y miraron por el ojo de la cerradura. No se veía nada, todo estaba sumido en la oscuridad.

Luego se acercaron a la puerta lateral. Estaba cerrada, como suponían.

Finalmente, se dirigieron a la puerta trasera. En este momento oyeron algo semejante a un golpe en el interior de la casa. Casi se abrazaron en un impulso de terror. ¿Qué diablos ocurriría allí dentro?

—Mira —susurró Jack—. La ventana está entreabierta. El viejo debió de dejarla así después de hablar con nosotros esta mañana.

—¡Qué suerte! —exclamó Peter con voz turbada por la emoción—. Así podremos entrar para ver si averiguamos dónde está el prisionero.

No tardaron ni un minuto en hallarse en el interior de la oscura cocina. Prestaron atención. No se oía ruido alguno. ¿Dónde estaría la persona raptada?



—¿Quieres que registremos toda la casa? —propuso Peter—. Me he traído la linterna.

—Sí —respondió Jack—; para eso hemos venido. Es nuestro deber, y lo cumpliremos.

De puntillas y tan en silencio como les fue posible, pasaron junto a la despensa y avanzaron por un pasillo. No había la menor señal de vida en ninguna parte.

—Ahora —ordenó Peter— echemos un vistazo al vestíbulo y a todas las habitaciones.

La parte delantera de la casa recibía la luz de la luna; la de atrás estaba sumida en la oscuridad más completa. Los dos muchachos fueron abriendo puertas y paseando la luz de la linterna por todos los rincones. Todas las habitaciones estaban vacías; por todas partes reinaba el mayor silencio.

Al fin oyeron ruidos tras una puerta cerrada. Peter susurró a Jack:

—Aquí dentro hay alguien. Supongo que estará echada la llave, pero voy a intentar abrir. Prepárate para echar a correr si nos persiguen.

En la boca del lobo

La puerta no estaba cerrada con llave. Cedió suavemente. Y entonces, los ruidos, antes apenas perceptibles, llegaron a ellos con mayor intensidad, parecían los ronquidos de una persona.

Los dos opinaron lo mismo: debía de ser el guarda. Con todo cuidado, Peter echó una mirada al interior. La luna iluminaba el aposento. Sobre un anticuado catre dormía el viejo guarda. Ni siquiera se había quitado la ropa. Su aspecto era el de un sucio mendigo. Roncaba estrepitosamente. Ya se disponía Peter a retroceder, cuando la linterna se le escapó de las manos y cayó al suelo ruidosamente. Se quedó petrificado. Afortunadamente, el viejo no se movió. Entonces se acordó Peter de que era sordo y comprendió, dando gracias a Dios, por qué no había oído nada. Cerró suavemente la puerta, y los dos dejaron escapar un suspiro de alivio. Peter probó la linterna para ver si se había averiado. Respiró al comprobar que, además de no haberse roto, funcionaba perfectamente.



—Ahora subiremos al piso —dijo Peter en voz baja—. No tienes miedo, ¿verdad?

—Sólo un poco —contestó Jack—. Una cosa corriente. Subamos.

Subieron la escalera. Los peldaños producían inquietantes crujidos. Registraron

todo el piso. Sus cinco o seis habitaciones estaban tan vacías como las de la planta baja. También subieron al ático.

—Ahora mucho cuidado —dijo Jack en voz tan baja que Peter apenas le oyó—. Es lo único que nos falta mirar. El prisionero debe de estar aquí.

Pero en el ático todas las puertas estaban abiertas. Por lo tanto, era imposible que estuviera allí la víctima, a menos que la tuviesen atada. Los dos muchachos exploraron las habitaciones con el temor de ver de pronto alguna escena horripilante. Pero no vieron nada, absolutamente nada. Todas las piezas estaban vacías, y en aquellas que no entraba un rayo de luna, reinaba la oscuridad más completa. Allí no había nada; allí no había nadie.

—Es extraño, ¿verdad? —murmuró Jack—. Te confieso que no lo entiendo. Los gritos, o lo que sea, salían de la casa. Sin embargo, hemos visto que aquí no hay nadie: sólo el viejo guarda.

Se quedaron mirándose sin saber qué hacer. Y entonces oyeron una vez más, en el silencio de la noche, aquel débil y lejano alarido. Era algo así como un desgarrador sollozo, seguido de una serie de golpes sordos y extraños gruñidos.



—Sin embargo, estoy seguro de que en esta casa hay un prisionero —afirmó Peter, olvidándose de bajar la voz—. Se oyen lamentos angustiosos que vienen de abajo. Y esto es incomprensible, porque en la planta baja no nos ha quedado nada por mirar.

Jack se dirigió a la escalera.

—Ven —dijo a Peter—. En esta casa debe de haber una cueva o algo parecido.

Bajaron sin preocuparse de los crujidos de los escalones. Llegaron de nuevo a la cocina. Los extraños ruidos habían cesado, pero, de pronto, empezaron a oírse otra vez. Jack dijo a Peter:

—Ya sé de dónde salen; se oyen debajo de nuestros pies. La casa debe de tener sótanos. Seguro que está en ellos el secuestrado.

—Eso mismo creo yo. Busquemos la entrada.

La estuvieron buscando hasta dar con ella. Estaba en un oscuro rincón del pasillo que iba de la cocina al lavadero. Dieron la vuelta al pomo y vieron, con la natural alegría, que la puerta no estaba cerrada con llave, pues se abrió dócilmente.

—Es raro que no esté cerrada con llave —murmuró Jack—. Y más raro aún que el prisionero no se haya escapado.

Bajaron unos peldaños de piedra. La oscuridad en torno a ellos era absoluta. Peter encendió la linterna y gritó con voz ronca:

—¿Quién vive? ¿Quién hay aquí?

No recibió respuesta. Los muchachos escucharon atentamente y oyeron una respiración fatigosa.

—¡Oímos tu respiración! —gritó Jack—. ¡Dinos dónde estás! No temas, venimos a rescatarte.

Tampoco esta vez recibieron contestación. Aquello era verdaderamente misterioso. No se atrevían a bajar los últimos escalones. Sus piernas se negaban a llevarlos hacia delante. Pero tampoco querían volver atrás y quedar como unos gallinas.

De pronto oyeron algo diferente, el rumor de una conversación en voz baja, que no procedía del sótano. También oyeron que introducían una llave en una cerradura y abrían una puerta. Jack, nervioso, dio un empujón a Peter.

—Son las mismas voces que oí anoche. Escondámonos antes de que nos vean.

Pero las dos fantasmales figuras blancas permanecían inmóviles, sin saber dónde esconderse. Peter se quitó el gorro y el impermeable.

—¡Quítate la sábana! —aconsejó a Jack—. Como nuestros trajes son oscuros, pasaremos inadvertidos si conseguimos que no nos dé la luz.

Tiraron a un rincón sus blancas vestiduras y se deslizaron hacia el vestíbulo. Allí se agazaparon con la esperanza de que los misteriosos visitantes irían directamente a los sótanos.

Pero no fue así.

—Vamos a ver si el viejo guarda está durmiendo —dijo una voz.

Y dos hombres entraron en el vestíbulo y se dirigieron a la habitación del guarda. Uno de ellos vio la cara blanca de Peter, que se destacaba en la oscuridad.

Peter se había olvidado de que su rostro estaba embadurnado de blanco.

—¡Diablos! —exclamó la misma voz—. ¡Mira aquello, Mac! ¿No ves? ¡Allí, en aquel rincón!

Y los dos fijaron la vista en el rincón donde estaban encogidos Peter y Jack.

—Son dos caras —dijo el compañero de Mac—, dos caras blancas. Esto no me gusta ni pizca. Enciende la linterna. A lo mejor se trata sólo de una broma de la luna.

Un potente cono de luz se proyectó sobre Jack y Peter.

Los habían descubierto.



En cuatro zancadas, Mac se plantó junto a ellos. Los atenazó por la nuca, los zarandó y los obligó a levantarse.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Qué significa esto? ¿Estáis jugando al escondite con esas caras blancas de fantasma?

—¡Suelte! —protestó Jack—. Me hace daño en la cabeza. —Y estaba tan indignado, que exclamó—: ¿Y usted qué hace aquí?

—¡Oye, mocoso! —rugió el hombre—. ¿Qué te has creído?

En este momento se oyó una vez más el extraño gemido, y los dos muchachos se quedaron mirando fijamente al hombre.

—Eso es lo que queremos saber —dijo Jack—. ¿Quién hay ahí? ¿A quién tienen prisionero?

Jack recibió una fuerte bofetada. Luego, tanto a él como a Peter los llevaron a un armario que había cerca y allí los encerraron. Los dos hombres parecían muy nerviosos. Peter aplicó el oído al ojo de la cerradura y los oyó decir:

—¿Qué hacemos? Si estos chicos dan el soplo, estamos perdidos.

—Tienes razón. Lo mejor será que los secuestremos a ellos también. Los encerraremos en el sótano con Kerry Blue. A éste lo vendremos a buscar mañana por la noche y en seguida nos largaremos. Nadie sospechará de nosotros.

—Y ¿qué haremos con los chicos?

—Dejarlos encerrados aquí. Pasado mañana enviaremos una carta al viejo guarda en la que le diremos que eche una mirada a los sótanos. ¡Qué susto se llevará cuando vea a los dos chicos! Se lo merecen por meterse donde no los llaman.

Peter no había perdido una sola palabra de la conversación. ¿Quién sería Kerry Blue? ¡Qué nombre tan raro! En esto oyó que los hombres se acercaban al armario, y

se puso en guardia. Pero no lo abrieron. Uno de ellos les dijo a través de la cerradura:

—¡Pasaréis aquí un buen rato! ¡Así aprenderéis a no meter las narices donde no os importa!

Luego, Peter y Jack percibieron diversos ruidos en extremo raros. Les pareció que llevaban algo al lavadero. Después oyeron como si partieran leña y encendieran fuego. Y no tardó en penetrar por el ojo de la cerradura un humo espeso.

Peter murmuró:

—Están quemando algo. ¿Qué será? Este humo es asfixiante.

No tenían la menor idea de lo que estaban haciendo aquellos dos hombres. Oyeron una vez más una serie de ruidos extraños: lamentos, resoplidos, golpes sordos. Algo así como si golpearan una piedra con un martillo forrado de paño. ¡Qué impresionante era todo aquello!

El armario era de los que se emplean para guardar la ropa, y, por lo tanto, estrecho y sin ventilación. Peter y Jack empezaron a sentirse francamente mal allí dentro, tan mal, que se alegraron cuando uno de los hombres abrió la puerta y les ordenó que saliesen.

—¡Déjenos ya! Tenemos que marcharnos —dijo Peter.

El que había abierto el armario le contestó con un golpe en la espalda.

—¡Ni una palabra! —exclamó. Y empujó a los dos muchachos hacia la entrada del sótano.

Una vez allí, les dio un último empujón, y Jack y Peter bajaron las escaleras dando traspiés. La puerta se cerró. Oyeron el ruido de la llave al girar en la cerradura: ¡cric, crac!... Ahora también ellos estaban secuestrados.

De pronto percibieron cerca de ellos un ruido como de pasos. ¿Sería Kerry Blue? La emoción los ahogaba.

—¡Pronto, Peter; enciende la linterna! —murmuró Jack—. Estoy deseando ver a nuestro compañero de infortunio.

El secuestrado

Peter vaciló un momento antes de encender la linterna. Se preguntaba qué sería lo que iba a ver.

Y lo que vieron fue algo tan inesperado, tan inaudito, que ninguno de los dos muchachos pudo reprimir una exclamación de sorpresa: lo que tenían ante sí era un hermoso caballo de orejas enhiestas y ojos desorbitados por el temor.

—¡Es un caballo! —exclamó Jack con voz apenas perceptible—. ¡Un caballo!

—Ahora lo comprendo todo: lo que parecían gritos y lamentos, no era sino relinchos, y los ruidos sordos, el golpeteo de las herraduras en el suelo del sótano. ¡Pobre animal! ¡Tenerle encerrado bajo tierra! ¿Por qué habrán hecho esto, Jack?

—Es un hermoso ejemplar, Peter. Parece un caballo de pura raza. Sin duda lo han robado, ¿no crees? La intención de los ladrones debe de ser cambiarlo de color para poder venderlo como si fuese otro.

—¡Cualquiera sabe! Tal vez tengas razón. Voy a acercarme a él.

—¿No te da miedo? Mira sus ojos. Su expresión no es nada tranquilizadora. No cesan de moverse a un lado y a otro.

Peter estaba acostumbrado a tratar con caballos, pues su padre era muy aficionado a ellos y siempre había tenido varios en su finca. Por eso repuso.

—No, no me dan miedo sus ojos. ¡Pobre animal! Necesita que le hablen y le tranquilicen.

Peter acabó de bajar la escalera y empezó a hablar al caballo mientras se iba acercando a él.

—¿De modo que tú eres Kerry Blue? ¡Qué nombre tan bonito! Un nombre muy apropiado para un caballo como tú. No te asustes, en mí tienes un amigo. Quieto; deja que te acaricie; estoy seguro de que te gustará.

El caballo relinchaba y retrocedía instintivamente. Pero Peter no hacía caso y seguía acercándose a él. Cuando llegó junto al atemorizado animal, le pasó suavemente la mano por la cabeza. El caballo se estuvo quieto. Luego, ya sin la menor inquietud, acercó su cuerpo al del niño y empezó a lanzar débiles relinchos de contento.



—Ven, Jack —dijo Peter—; ya sabe que cuenta con nuestra amistad. ¡Ah, qué hermoso es! ¡Y qué dócil! Esos hombres han de ser un par de brutos. De otro modo, no habrían encerrado a este pobre animal en un sótano húmedo y oscuro. Si sigue aquí, se pondrá enfermo.

Jack bajó los últimos escalones y acarició el cuello del caballo. De pronto exclamó:

—¡Demonio! ¡Qué pegajoso está!

Peter enfocó con su linterna el cuerpo del caballo y los dos vieron que brillaba como si lo acabasen de lavar.

—Tenías razón, Jack. No cabe duda que lo han teñido, su piel está todavía impregnada de pintura fresca.

—Ya sabemos de dónde venía aquel humo apestoso que penetraba en el armario. ¡Pobre Kerry Blue! ¿Qué pretenderán hacer contigo?

Vieron que en un rincón había un montón de paja y en otro un haz de heno. También vieron dos cubos: uno con cebada y otro con agua.

Peter exclamó:

—¡Estamos salvados! Si necesitamos cama, ahí tenemos paja para hacerla, y si el cuerpo nos pide comida, la cebada será nuestro alimento.

—No necesitamos ni una cosa ni otra —respondió Jack—. Estoy seguro de que Colin y Jorge vendrán pronto en nuestra busca. Y nosotros haremos ruido apenas los oigamos.

Se sentaron en la paja, decididos a esperar. Kerry Blue se echó junto a ellos. Como sentían frío, Peter y Jack se apoyaron en el cuerpo del caballo, aunque les molestaba el olor de la pintura.

Entre tanto, fuera de la casa la nieve se derretía rápidamente. Colin y Jorge estaban ya cansados de esperar. La impaciencia los consumía. Habían seguido con la vista a Jack y Peter cuando saltaron la valla y les había sido muy difícil retener a *Scamper*, que quería seguirlos a toda costa. Desde entonces habían estado sin moverse, y como de esto hacía ya media hora, empezaba a preocuparles la tardanza de sus dos compañeros. *Scamper* se puso de pronto a gruñir.

—Debe de oír algo —dijo Jorge—. Sí, es que llega un auto. ¿Serán los hombres de anoche? Esto no me haría ninguna gracia. Esos tipos sorprenderían a Peter y a Jack dentro de la casa. ¡Ya está ahí! Ahora hemos de estarnos muy quietos.

Esta vez el coche no llevaba remolque. Se detuvo ante la verja del caserón y bajaron los dos hombres. *Scamper* lanzó un ladrido que Colín cortó rápidamente.

—¡Estúpido! —le respondió en voz baja—. ¡Nos has descubierto!

Uno de los hombres se acercó a la valla y se quedó mirando los seis muñecos de nieve.

—¡Oye! ¡Ven y verás!

Su compañero se acercó y se puso a su lado. Colin y Jorge temblaban y sudaban al mismo tiempo.

—¿Qué pasa? —preguntó el hombre que acababa de acercarse—. ¡Ah, los muñecos de nieve! Ya los vimos anoche, ¿no te acuerdas? Los chiquillos han hecho más muñecos, por lo visto. Bueno, vámonos. El perro que hemos oído ladrar debe de rondar por aquí.



Los dos hombres se dirigieron a la casa. Colin y Jorge respiraron. Habían estado a

punto de ser descubiertos. Si se salvaron, fue gracias a sus caras blancas, a sus gorros y a sus túnicas de sábana. Y también a que *Scamper* iba disfrazado como ellos.

Durante largo rato reinó un silencio profundo. Colin y Jorge sentían cada vez más frío y empezaban a perder la paciencia.

¿Qué ocurriría en la casa? ¿Habrían descubierto a Peter y a Jack? La ansiedad los devoraba.

Ya habían decidido abandonar sus puestos e ir a echar un vistazo a la casa, cuando volvieron a oír ruidos y voces. Era que los dos hombres salían.

Luego oyeron el golpe seco de la portezuela del auto al cerrarse y el del motor al ponerse en marcha. El coche se dirigió al llano del arroyo, dio la vuelta y se alejó por la carretera. Iba despacio para no resbalar en la nieve fundida.

—Ya se han ido —dijo Colin—. Y nosotros hemos sido tan estúpidos, que no se nos ha ocurrido acercarnos al coche para anotar su número de matrícula. Ahora es ya demasiado tarde.

—Tienes razón, debimos anotar el número —convino Jorge—. ¿Y ahora qué te parece que hagamos? ¿Crees que debemos seguir esperando a que Peter y Jack salgan?

—Yo no podré esperar mucho rato: tengo los pies helados.

Esperaron unos cinco minutos. Peter y Jack no aparecían. Entonces decidieron no esperar más. Dando resbalones, se dirigieron a la valla, la saltaron y corrieron hacia la casa, seguidos de *Scamper*, que iba pisándoles los talones. No pudieron entrar por la puerta; tampoco lograron abrir la lateral ni la de la parte trasera; pero, lo mismo que Peter y Jack, vieron que la ventana de la cocina estaba abierta. Entraron por ella y se detuvieron a escuchar. No oyeron nada.



—Jack, Peter, ¿estáis aquí? —preguntaron en voz baja.

Nadie contestó. El silencio era absoluto en toda la casa. De pronto, *Scamper* lanzó un fuerte ladrido y echó a correr por el pasillo que iba de la cocina al lavadero. Al llegar a la puerta del sótano se detuvo y empezó a arañar la madera. Los dos

muchachos lo siguieron. Apenas llegaron a la puerta, oyeron la voz de Peter.

—¿Quién va? ¿Sois vosotros, Colin y Jorge? Si lo sois, decid el santo y seña.

—¡«Semana»! ¿Dónde estáis? —preguntó Jorge.

—En el sótano —repuso la voz de Peter—. Ahora subimos. Estamos bien. ¿Podéis abrir la puerta o se han llevado la llave?

—¡Se la han dejado en la cerradura! —exclamó Colin alegremente.

Sin pérdida de tiempo dio la vuelta a la llave y la puerta se abrió.

En este momento, Peter y Jack llegaban al último escalón. Y tras ellos subía alguien más, alguien cuyos pies producían un ruido sordo al posarse en los escalones de piedra. Era Kerry Blue, que no quería ni quedarse abandonado en aquella mazmorra ni apartarse de sus cariñosos amigos.

Colin y Jorge se quedaron mudos de asombro. Miraron a Kerry Blue como si en su vida hubieran visto un caballo. ¡Un caballo haciendo compañía a Peter y Jack en un sótano! ¡Qué cosa tan extraordinaria!

—¿Se han marchado esos bandidos? —preguntó Peter.

—Sí, se han ido en un coche —repuso Colin—. Por eso hemos entrado a buscaros. Nos vieron en el campo por culpa de *Scamper*, que lanzó un ladrido. Por suerte, nos tomaron por muñecos de nieve de verdad. Pero decid: ¿qué os ha pasado?

—Salgamos de esta casa —dijo Peter—. No quiero estar aquí ni un momento más.

Condujo a Kerry Blue a la cocina. A Colin le sorprendió que las patas del caballo hicieran tan poco ruido al pisar el entarimado. Le miró las pezuñas y lanzó una exclamación de asombro.

—¡Mirad!

—Sí —dijo Peter—, lleva fundas de fieltro sobre las herraduras. Por eso eran tan extrañas las huellas que dejaba en la nieve. Así, nadie se podía figurar que fueran de un caballo. Por otra parte, el ruido de sus pasos se oía mucho menos. Lo encontramos en el sótano. ¡Estaba más que asustado el pobre! Ven, ven, Kerry Blue; te llevaré a mi casa.



Fin de la aventura

Seis figuras avanzaron por el camino nevado: dos muchachos vestidos de oscuro, otros dos con vestiduras blancas, un perro disfrazado que parecía un pequeño fantasma y un soberbio caballo. Los cuatro niños tenían la cara embadurnada de blanco y su aspecto era sorprendente por demás. Pero como no se encontraron con nadie, el extraño grupo pasó inadvertido.

Peter no cesó de hablar en todo el camino. Explicó detalladamente su aventura en compañía de Jack. Colin y Jorge le escuchaban asombrados. Experimentaban cierta sensación de inferioridad por no haber tomado parte activa en la aventura nocturna.

—Dejaré a Kerry Blue en una de las cuadras de nuestra finca —dijo Peter—. Allí estará muy bien. ¡Qué sorpresa se llevarán los ladrones cuando vean que hasta el caballo ha desaparecido! Mañana avisaremos a la policía. Reunión a las nueve y media. Recoged a Pamela y a Bárbara, no lo olvidéis. Ha sido un misterio verdaderamente formidable. Ahora estoy cansadísimo. Me quedaré como un tronco apenas llegue a casa y me acueste.

Media hora después, los cuatro dormían profundamente. Janet no se despertó cuando su hermano entró en la casa. Antes Peter había llevado a Kerry Blue a una cuadra con el mayor sigilo. El caballo le seguía dócilmente y sin la menor desconfianza.

Al día siguiente, ¡qué emocionante fue todo! Peter contó a su familia lo que había hecho aquella noche, y su padre se trasladó inmediatamente a la cuadra para ver a Kerry Blue.



—¡Es un magnífico caballo de carreras! —exclamó—. Un auténtico pura sangre. Lo han teñido de color castaño con una sustancia desconocida. Sin duda, los ladrones pensaban venderlo o hacerlo correr bajo otro nombre. Pero tú, Peter, lo has impedido; tú y tus seis compañeros del club.

—Creo que debemos dar parte a la policía inmediatamente —dijo la madre, nerviosa—. Seguramente ya lo estarán buscando.

—Nuestro club tiene reunión en el cobertizo a las nueve y media —dijo Peter gravemente—. Podríamos citar allí a la policía.

—¡Eso no; de ningún modo! —exclamó la madre, alarmada—. No estaría bien que esos señores tuvieran que sentarse en cajones y macetas. Debéis reunirlos en el cuarto de estudio o en el despacho de tu padre. Estas dos habitaciones son las más apropiadas.

A las nueve y media, cuando los Siete esperaban impacientes y *Scamper* se entretenía en mordisquear el extremo de una alfombra, sonó el timbre y entraron un inspector y un agente, los dos de gran estatura y cara tan seria que infundía miedo. Se asombraron al ver tanta gente menuda alrededor de la mesa.

—Buenos días —balbuceó el inspector dirigiéndose al padre de Peter—. ¿Quiere decirme qué significa esto? Por teléfono no ha sido usted muy explícito.

—No podía serlo —respondió el dueño de la casa—. La historia deben oírla ustedes de labios de los propios protagonistas.

Luego desdobló el periódico de la mañana y lo extendió sobre la mesa. Los muchachos se agruparon a su alrededor. En la primera página había una fotografía de un magnífico caballo y debajo unas líneas en grandes caracteres.

ROBO DE KERRY BLUE DESAPARECE UN FAMOSO CABALLO DE CARRERAS NO HAY EL MENOR RASTRO DE SU PARADERO

—Supongo que usted estará ya enterado, señor inspector —dijo el padre de Peter. Y añadió, dirigiéndose a su hijo—: Peter, dile dónde está Kerry Blue.

—En nuestra cuadra —manifestó Peter con cierto énfasis. Y, con disimulado regocijo, sostuvo la severa mirada que le dirigieron el inspector y el agente.

—Muy interesante, señor —dijo el inspector al padre de Peter—. Pero ¿puede garantizarnos que es el caballo desaparecido el que tiene en su poder?

—De eso no hay la menor duda. Pueden verlo cuando lo deseen. —Y añadió, volviéndose hacia su hijo—: Ahora, Peter, cuenta vuestra hazaña.



—Empezaré por el principio —dijo Peter. Y les habló de la construcción de los muñecos de nieve, de que Jack había ido por la noche a buscar su insignia, de que vio llegar un auto con remolque.

—Ahora comprendo qué clase de remolque era —dijo Jack—. Entonces, su extraña forma y su falta de ventanas me llenaron de confusión.

Peter continuó su relato. Dijo que interrogaron al guarda y explicó lo que éste les había contestado; que siguieron el rastro de los coches; que los cuatro chicos y el perro se disfrazaron de figuras de nieve para poder vigilar.

Luego vino la parte más emocionante, la de la entrada de Peter y Jack en la casa, donde los descubrieron y los encerraron en el sótano con Kerry Blue.

Colin y Jorge continuaron el relato. Explicaron la impaciencia que les produjo la larga espera, lo que los decidió a ir en busca de sus amigos.

—¡Qué muchachos tan intrépidos! —exclamó el inspector, mirando a la madre de Peter—. ¿No le parece, señora?

—Sí, señor inspector; muy intrépidos. Pero yo no apruebo estas correrías nocturnas. A esas horas los niños deben estar en la cama, que era donde yo creía que estaba mi hijo.

—Estoy de acuerdo con usted, señora —dijo el inspector—. Estos chicos debieron avisar inmediatamente a la policía y dejar que nosotros aclarásemos el misterio. ¡Pasearse de noche vestidos de muñecos de nieve! ¡En mi vida oí cosa semejante!

Hablaba con voz tan severa, que los cuatro chicos se asustaron. Pero luego le vieron sonreír y se dieron cuenta de que estaba satisfecho de la hazaña de los Siete.

—Tendré que averiguar el nombre del propietario del caserón —siguió diciendo el inspector—. Hay que poner en claro si él sabe algo del asunto.

—Es mister Holikoff —dijo inmediatamente Jorge—. Su dirección es calle de Heycom, 64; Covelty. Lo averiguamos Pamela y yo.

—¡Buen trabajo! —dijo el inspector, mientras el agente tomaba nota de la dirección—. ¡Excelente trabajo! Os felicito... Pero supongo que no tendréis el número de la matrícula del coche. Sería un dato interesantísimo.

—No, no tomamos el número —confesó Colin, avergonzado—. Pero las chicas saben algo del remolque. Tomaron la medida del ancho de los neumáticos e incluso reprodujeron los dibujos que las ruedas habían dejado en la nieve. Aquí lo tiene todo, señor inspector.

—Lo hizo Janet —se apresuró a decir Bárbara, en un arranque de nobleza y arrepentida de haberse burlado de la obra de su compañera.

El inspector se guardó el documento con visible satisfacción.

—¡Espléndido! —comentó—. Fue una excelente idea. Ahora sería inútil buscar las huellas, porque la nieve se ha fundido. Esto es una prueba evidente contra los malhechores. Estoy verdaderamente asombrado de ver las ideas geniales que tienen estos chicos.

Janet enrojeció de orgullo. Peter le dirigió una sonrisa de felicitación. También ella se había portado superiormente. ¡Vaya hermanita que tenía! ¡Bien merecía pertenecer al «Club de los Siete Secretos»!

—¡Estos chicos han hecho la mayor parte de nuestro trabajo! —dijo el inspector, cerrando su cuaderno de notas—. Gracias a ellos sabemos quién es el dueño del caserón, y si éste tuviera un remolque que se ajustara a los datos que se nos acaban de dar, tendrá que responder a algunas preguntas que le pondrían en un aprieto.

Los policías fueron a ver a Kerry Blue y los muchachos los siguieron. El caballo se asustó al ver tanta gente, pero Peter lo tranquilizó al punto.

—Sí, lo han teñido —dijo el inspector, pasando la mano por el cuerpo del animal—. Si le hubieran dado otra capa, habría sido imposible reconocerlo. Supongo que esos individuos tenían el propósito de volver esta noche para terminar el trabajo y llevarse el caballo a otro sitio. Es natural que quisieran tenerlo oculto hasta haberlo transformado por completo. Por eso lo habían encerrado en el sótano del caserón. ¡Bien, bien, bien! No me extrañaría que el propietario de la casa supiera algo de todo esto.

Los Siete del club esperaban con impaciencia el final de su aventura, y lo conocieron en la reunión siguiente, que no fue convocada por ellos, sino por los padres de Janet y Peter.

No obstante, se celebró en el cobertizo. El matrimonio ocupó los dos cajones mayores, y Janet y Peter se sentaron en el suelo.

El padre tomó la palabra y dijo:

—Como sospechábamos, el dueño del caserón es también el propietario del coche y del remolque. A la noche siguiente, la policía esperó a los dos hombres en los alrededores de la casa y los detuvieron cuando llegaron. Ahora están en un calabozo. Quedaron tan sorprendidos al no ver a Kerry Blue, que ni siquiera pudieron ofrecer resistencia.

—¿A quién pertenece Kerry Blue, papá? —preguntó Peter.

—Según dice el periódico, el dueño es el coronel Haaley.

—¿Vendrá a buscarlo?

—Sí. Hoy mandará un coche especial para recogerlo. Por cierto que ya ha enviado algo para vuestro club. Toma, abre este sobre.

Peter lo abrió y encontró un fajo de localidades. Janet se apoderó en el acto de una de ellas.

—¡Son entradas para el circo! ¡Y también para las marionetas! Hay siete de cada clase.



Efectivamente, había dos localidades para cada uno de los miembros del club. Sólo *Scamper* se había quedado sin recompensa.

—Para ti no hay —le dijo Janet, acariciándolo—. Pero te daremos un hueso estupendo; es decir un hueso «estucioso» y «delipendo». ¿Verdad, mamá?

—¿Qué dices? ¿En qué idioma hablas? —preguntó la madre, sorprendida.

Todos se echaron a reír. Luego leyeron lo que el remitente había escrito en el sobre. ¡Era emocionante! Allí decía con toda claridad:

PARA EL «CLUB DE LOS SIETE SECRETOS».

Con mi agradecimiento y mis mejores deseos.

J. H.

—¡Qué bueno es ese señor! —exclamó Jack—. No hacía falta que nos obsequiase. La aventura ha sido tan emocionante, que ya estábamos recompensados.

—Bueno; os dejamos para que podáis hablar de todo esto —dijo la madre levantándose—. Seríais capaces de nombrarnos miembros de vuestro club secreto, y entonces no sería de los Siete, sino de los Nueve.

—No —dijo Peter con firmeza—. Es y será de los Siete. ¡Viva la mejor sociedad del mundo! ¡Viva el «Club de los Siete Secretos»!



ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles más leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan *Alicia en el país de las maravillas* y *Alicia a través del espejo* de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían en sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsy, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es más corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.

Enid Blyton
=